

VISION DE REINO



OSVALDO REBOLLEDA

VISIÓN DE REINO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE (Escuela de gobierno espiritual)**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

-

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
De las tinieblas a la luz.....	11
Capítulo dos:	
Desarrollando la visión.....	25
Capítulo tres:	
Visión religiosa o visión de Reino.....	38
Capítulo cuatro:	
Visión corporativa.....	52
Capítulo cinco:	
La visión del Nuevo Hombre.....	65
Capítulo seis:	
La visión y los misterios del Reino.....	77

Capítulo siete:

La revelación progresiva.....80

Reconocimientos.....103

Sobre el autor.....105



Introducción

“Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”.

Colosenses 1:12 al 14

A la vida del Reino entramos por regeneración, no por elección personal. Esto implica un nacer de nuevo, o un segundo nacimiento. En este caso, se diferencia de nuestro primer nacimiento biológico, porque es un nacimiento espiritual, santo y celestial, que resulta de la vivificación espiritual de nuestro ser.

Así como nuestro nacimiento físico resultó en un nuevo individuo entrando en un mundo terrenal, nuestro nacimiento espiritual, resulta en una nueva persona que entra en la vida del Reino celestial (**Efesios 2:6**). Al igual que un niño después de nacer abre sus ojos, nosotros, después de la regeneración, comenzamos a ver.

El gran amor de Dios y Su don gratuito, Su abundante gracia y misericordia, son la causa del nuevo nacimiento. El gran poder de Dios, que resucitó a Cristo de entre los muertos, se ve en la regeneración y en la conversión, que nos

permite participar de la herencia de los santos que ahora vivimos en luz. Ese paso de las tinieblas a la luz es para nosotros poder de visión espiritual.

Se dice que para todo logro social, científico, médico, político o económico, hace falta una determinada visión, que sea capaz de impulsarlo. Sin embargo, no pretendo en este libro tratar sobre la visión futura que toda persona puede tener en la vida, sino sobre la visión del Reino que debemos tener los santos en luz.

De manera natural, toda persona puede ver la luz, a menos que tenga un problema en sus ojos. Además, toda persona puede tener una visión de un proyecto de vida, que es una determinada visión interior respecto de un futuro determinado. Todos pueden tener una imagen mental que los inspire y los motive a tomar determinadas acciones para alcanzar sus metas y hacer realidad sus sueños, pero no será eso mi foco principal, sobre lo cual tanto se ha escrito, por mano de gente muy preparada. Yo solo soy un maestro de la Palabra, por lo tanto, mi enfoque en este libro es netamente espiritual, basando cada enseñanza en los principios bíblicos que Dios nos ha entregado.

En este libro me enfoco en la visión espiritual, nacida por impartición divina. La visión que se produce en la íntima comunión con el Espíritu Santo y que nos debe impulsar en la fe desde lo más profundo de nuestro nuevo corazón. Por el contrario, no me interesa alimentar la visión humana, que

pretende poner a Dios en la posición de un simple colaborador.

El evangelio del Reino no planifica la regeneración como la posibilidad de una comunión capaz de impulsar los deseos humanos. Es por eso que muchos evitan indagar sobre el tema. Al Reino entramos por muerte, por lo cual, del otro lado de la cruz, deben quedar nuestros sueños y nuestros deseos personales, para renacer a una esperanza basada en los sueños y los deseos de Dios.

Esto no debe ser considerado como una pérdida real, para una ganancia segura, porque los planes de Dios para nosotros son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**). Esto deja bien en claro que perder nuestros planes es ganar Su propósito (**Proverbios 19:21**), y creo que eso es lo mejor que nos puede pasar en la vida.

En muchos materiales cristianos, he visto cómo se procura poner a Dios al servicio de nuestros deseos y necesidades, pero con este libro pretendo evitar eso, proponiendo ponernos nosotros, al servicio de Dios, de Sus planes y de Sus deseos. Lograr ver lo que Él desea mostrarnos, sin dudas será nuestra mayor ganancia, y esa es la idea impulsada en este libro.

Hay una historia acerca del universalmente conocido artista llamado Miguel Ángel, sin dudas un genio de la pintura y la escultura. No me refiero a su vida personal, sino al talento que tenía respecto del arte. Esta historia dice que

en una ocasión hizo llevar a su taller un enorme trozo de mármol que por sus características había sido rechazado.

Miguel Ángel caminó a su alrededor durante horas, lo estudió minuciosamente y luego dijo: “Esto es realmente hermoso”. Su ayudante, que se encontraba a su lado, le dijo: “Bueno, todo lo que yo veo es un enorme pedazo de mármol”. Miguel Ángel le contestó: “Ah, olvidaba que tú no puedes ver lo que yo veo, porque yo estoy utilizando la visión y no la vista. Yo veo una escultura del rey David”.

Su ayudante miró nuevamente el mármol y dijo: “Bueno, la verdad es que yo no la veo en absoluto”. Miguel Ángel le replicó: “Ya sé que tú no lo puedes ver, porque yo la estoy viendo desde mi interior, por lo tanto, solo tengo que retirar lo que sobra para que luego sí puedas verla”. Y así lo hizo.

Miguel Ángel pudo percibir el potencial de esta gran piedra, observó sus grietas, sus vetas, pesó mentalmente el mármol y determinó que podría sacar una obra singular, irrepetible, que hoy todavía asombra al mundo por su belleza y perfección. Nosotros debemos apreciar de antemano, la obra de arte que Dios ha diseñado previamente en nosotros, y luego permitir que Dios trabaje para producirla.

La pregunta sería: ¿Si Dios es el creador y pretende hacer una obra extraordinaria con nuestra vida, por qué necesitaríamos verlo nosotros? Bueno, porque el mármol que utilizó Miguel Ángel, estaba muerto, pero nosotros somos

piedras vidas, y se necesita nuestra voluntad para morir a nuestros planes, aceptando abnegadamente Su propósito.

Dios no pretende forzarnos para concretar sus diseños, si fuera así, el hombre no habría pecado nunca, y ya seríamos perfectos hace miles de años. Él es Soberano y terminará concretando Su propósito, pero lo hará con nuestra entrega voluntaria, reconociendo Su señorío y viviendo bajo la autoridad de Su Reino glorioso.

Es entonces que nos imparte Su vida y Su vida es nuestra luz, para que podamos ver. Es por eso que nos ha dado vida espiritual, y nos corre los velos de la dimensión espiritual, para que recibamos una clara visión de Su voluntad, y caigamos rendidos ante ella.

Un pueblo sin visión, no tiene destino, pero un pueblo de santos en luz, que ven y que entienden, de donde vienen y hacia donde van, puede ser un pueblo sabio y poderoso; capaz de consumir propósito y glorificar al Padre en la expresión del Nuevo Hombre.

Solo espero que este libro pueda ser de bendición para muchos de mis hermanos. Tal vez algunos, han quedado estancados en las limitaciones naturales de sus propias vidas, pero tienen un gran potencial en Cristo. Ruego a Dios, que en cada página, la gracia y el amor del Espíritu Santo alumbre a todos, para que puedan ver lo que Dios ve, llegar a pensar como Dios piensa y vivir como Dios quiere.

“Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica”.

Efesios 2:10 NVI



Capítulo uno

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

“Pues bien, yo mismo estaba convencido de que debía hacer todo lo posible por combatir el nombre de Jesús de Nazaret. Eso es precisamente lo que hice en Jerusalén. Con la autoridad de los jefes de los sacerdotes metí en la cárcel a muchos de los santos, y cuando los mataban, yo manifestaba mi aprobación. Muchas veces anduve de sinagoga en sinagoga castigándolos para obligarlos a blasfemar. Mi obsesión contra ellos me llevaba al extremo de perseguirlos incluso en ciudades del extranjero”.

Hechos 26:9 al 11

Una de las cosas que siempre hacemos los hijos de Dios es, en algún momento, contar nuestro testimonio. No importa cuánto tiempo haya pasado, lo consideramos el momento más trascendental de nuestras vidas. Sin embargo, al relatar el momento en el cual recibimos la gracia del Señor, no podemos dejar de remontarnos más atrás en nuestras vidas, porque en muchos casos, eso es lo que realmente impacta.

Muchos hermanos que nacieron en el evangelio no tienen un testimonio sobre sus vidas pasadas; de hecho, también están aquellos que, sin conocer al Señor, llevaron una vida relativamente tranquila. Sin embargo, quienes vivimos inmersos en la más densa oscuridad, evidenciamos ese fenómeno tan extraordinario de la gracia, lo cual podemos comentar como tristes episodios de nuestra ignorancia espiritual.

Personalmente, no cuento mis hechos del pasado desde un púlpito, porque creo firmemente en el evangelio del Nuevo Pacto, y no creo que ayude en nada, volver a los detalles del pasado, mucho menos a las oscuras vivencias de la vieja vida. El motivo por el cual introduzco este capítulo mencionando esto, es porque en esas historias del pasado queda muy claro, lo ciegos que somos los seres humanos sin la obra de Dios.

Nos pueden hablar infinidad de veces sobre la verdad divina, pero no hay forma de entender ni ver el Reino sin recibir primero la gracia del Señor. El apóstol Juan, en su evangelio, escribió que en Cristo está la vida, y que la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Sin Su impartición es imposible para todos los seres humanos entender, porque simplemente todos estamos ciegos por el pecado. No importa cuán íntegros o inteligentes podamos ser, no hay forma de ver el Reino.

La Palabra de Dios es como una lámpara que nos alumbramos (Salmo 119:105); es como el fuego y como un martillo que puede quebrantarnos (Jeremías 23:29); es como una cortante espada de doble filo (Hebreos 4:12); es como una semilla divina que puede hacernos fructificar (Mateo 13:18 al 23). Por esto, es muy eficaz para trabajar en nuestras pobres vidas, pero es necesario que el Espíritu Santo haga el trabajo de vivificarla (2 Corintios 3:6).

Cuando la Palabra nos llega con vida, que es la unción misma, puede alumbrarnos y producirnos convicción de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). La vida de Dios por Su Espíritu, no solo nos permite ver, sino recibir la Sangre de Cristo para justificación (Colosenses 1:20), además de sellar nuestra vida con Su presencia (Efesios 1:13), santificándonos para que podamos tener una verdadera comunión con Dios a través de la nueva vida.

Es muy importante que entendamos este proceso, porque la vida no fue el resultado de una oración que hicimos en una campaña, sino de la operación de Dios en nuestras vidas. Esa es la gracia del evangelio del Reino; que no fuimos nosotros quienes buscamos a Dios (Romanos 3:11), porque el perdido nunca fue Él. Por el contrario, quien se manifestó a nosotros soberanamente fue Él, y esto es clave para comprender el Nuevo Pacto. El apóstol Pablo dijo a la gente en Roma:

“Ve a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este

pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y Yo los sane”.

Hechos 28:26-27

La ceguera espiritual, es la irremediable condición que todos padecemos cuando no podemos ver a Dios a través de la creación, ni de los acontecimientos; tampoco podemos comprender Su mensaje de salvación. Definitivamente, es Él quien nos busca, nos habla, nos convence, nos limpia y nos introduce en la persona de Cristo para que podamos vivir el Nuevo Pacto.

Una persona que no puede ver espiritualmente no puede comprender el Reino de Dios, ni su diseño, ni su expresión. Es por eso que todos los que rechazan el mensaje del evangelio están espiritualmente ciegos y perdidos. Ser espiritualmente ciego también se puede definir como la incapacidad de discernir espiritualmente la verdad de la mentira.

“El que no tiene el Espíritu no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues para él es locura. No puede entenderlo, porque hay que discernirlo espiritualmente”.

1 Corintios 2:14

Para un individuo espiritualmente ciego, las cosas espirituales no tienen sentido. Aquellos que rechazan la Palabra de Dios no están eligiendo el mal como la mejor

opción, sino que no pueden ver el bien, porque es obvio que los ciegos no pueden elegir la luz. Ellos simplemente no pueden entender la verdad de las Escrituras, porque les suena como algo absurdo, incapaz de atravesar sus razonamientos y sus lógicas (**1 Corintios 1:18**).

En las Escrituras, Pablo describe a Satanás como la causa de la ceguera espiritual. En su segunda carta a los Corintios escribió: *“El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (**2 Corintios 4:4**). Satanás es el padre de la mentira (**Juan 8:44**), y el mundo entero está bajo su dominio. Es por eso que procura impedir que el evangelio del Reino sea predicado (**1 Juan 5:19**).

Es fácil que las personas caigan en los engaños del diablo, por causa de las tinieblas que habitan en el sistema; sus mentes y sus corazones les impiden ver la verdad. Cuando las personas están separadas de Dios, solo confían en sí mismas y en sus propios razonamientos, sin comprender las terribles influencias bajo las cuales habitan. Ciertamente, comprender la operación espiritual de las tinieblas y la expansión del Reino parece superar la ciencia ficción de la más dramática de las películas.

Por medio de la gracia divina, se nos otorga la vida y la capacidad de ver espiritualmente. Entonces, podemos ejercitar esta visión espiritual, permitiendo que Dios reine en nuestras vidas, siguiendo Sus mandamientos, no solo para

hacer Su voluntad, sino también para no caer nuevamente en las trampas de Satanás (**1 Juan 4:13**).

Aunque Satanás tiene como objetivo cegar incluso a los creyentes a la bondad de Dios y sus promesas, Dios nos ha proporcionado las armas espirituales que necesitamos para estar a salvo de sus maquinaciones (**Efesios 6:10 al 18**). Debemos recordar que Jesús es nuestra luz, y aferrarnos a Su verdad para que no seamos cegados respecto de Su verdad eterna, de manera que podamos madurar en la vida espiritual (**Efesios 4:11 al 15**), logrando una plena expansión de nuestra libertad (**Juan 8:32**).

Al principio de este capítulo, cité un pasaje en el cual el apóstol Pablo reconoce la ceguera que había padecido antes de recibir la gracia del Señor. Él era conocido como Saulo de Tarso, y su ceguera puede revelarnos algo muy trascendental, porque Pablo era un hombre muy instruido en las Escrituras. De hecho, él mismo se definió como un hombre del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia, y en cuanto a la justicia que es en la Ley, irreprochable (**Filipenses 3:5 y 6**).

De hecho, él también reconoció haber estudiado a los pies de Gamaliel (**Hechos 22:3**), quien fue en sus días el primer príncipe del Sanedrín en recibir el título de “Rabbán”, que quiere decir: “nuestro maestro”. El libro de los Hechos de los apóstoles dice de él, que era considerado por todo el

pueblo como un gran doctor de la Ley, con un incuestionable prestigio (**Hechos 5:34**).

Saulo de Tarso sufrió mucho por la tradición religiosa. Su celo era en defensa de lo que él creía que era la voluntad de Dios. Era un celo ciego, sobre el cual él tendría que decir más tarde: *“Yo ciertamente había pensado deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret”* (**Hechos 26:9**). Sin embargo, en más de una ocasión relató su conversión en el camino a Damasco.

Él mismo contó que estaba muy furioso y que amenazaba con matar a todos los seguidores del Señor Jesús. Por eso, fue a pedirle al jefe de los sacerdotes unas cartas con un permiso especial. Quería ir a la ciudad de Damasco y sacar de las sinagogas a todos los que siguieran las enseñanzas de Jesús, para llevarlos presos a la cárcel de Jerusalén.

Saulo ya estaba por llegar a Damasco cuando, de pronto, desde el cielo lo rodeó un gran resplandor, como de un rayo que lo arrojó por tierra, y escuchó una voz que le dijo: *“¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?”*. A lo que él contestó: *“¿Quién eres, Señor?”*. Y la voz le respondió: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”* (**Hechos 9:5**).

Los hombres que iban con Saulo, se quedaron muy asustados, pues oyeron la voz, pero no vieron a nadie. Por fin, Saulo se puso de pie, pero, aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver nada. Entonces lo tomaron de la mano y lo llevaron a la ciudad de Damasco (**Hechos 9:8**).

Es tremendo notar que Saulo, creía ver más que los demás, creía ser dueño de la verdad, incluso con la idea de matar a quien pretendiera creer algo diferente. Sin embargo, lo vemos quedar ciego, como si Dios pretendiera darle una extraordinaria lección, porque aunque abría sus ojos tratando de ver, no podía ver absolutamente nada, ni espiritual ni naturalmente.

Qué giro dio su vida cuando descubrió que las cosas que creía y que pensaba que debía defender con pasión para agradar a Dios, no eran más que prácticas religiosas, diametralmente opuestas a los diseños de Dios para ese tiempo. Realmente considero que la ceguera de Saulo nos ha quedado como una gran lección permanente para todos nosotros.

El mucho conocimiento de las Escrituras, sin la operación del Espíritu Santo, quien es el autor y quien la vivifica, es absolutamente inútil. De hecho, puede generar un mal peor que simplemente desconocerlas. Esto lo digo con mucho temor, porque soy maestro de la Palabra, y no pretendo dar la impresión de aconsejar no estudiar las Escrituras. Jamás diría algo semejante, pero sí aconsejo a viva voz que nadie debería hacerlo descuidando su comunión con el Espíritu Santo y su dependencia para recibir las enseñanzas.

He visto demasiados teólogos ciegos, orgullosos del saber que poseen. Ciegos para comprender la simpleza de la vida en Cristo, o los diseños del evangelio del Reino y las

expresiones del Nuevo Pacto. Al respecto, cualquiera podría decirme que Pablo vivió eso cuando fue Saulo, pero después de su conversión fue un hombre de gran revelación espiritual. Lo cual es muy cierto, pero debemos tener mucho cuidado de no olvidar que lo que comenzó en el Espíritu no puede acabar en la carne (**Gálatas 3:1 al 3**).

Tener celo por una determinada doctrina o por liturgias aprendidas no es necesariamente una prueba de que alguien esté en lo correcto o que esté actuando con mayor fidelidad a Dios. Conozco a algunos supuestos maestros en teología que atacan con gran hostilidad las obras del Espíritu Santo. Dicen que los milagros y las manifestaciones espirituales no son más que fuego extraño para el Señor, pero deberían tener mucho cuidado al generalizar eso.

Camino a Damasco, Saulo no solo recibió la vida, sino que quedó momentáneamente ciego, de tal manera que pudiera comprender la verdadera condición espiritual que padecía. Jesús también les había dicho a los religiosos que lo atacaban en los días de Su carne: ***“Son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo”*** (Mateo 15:14). También les dijo: ***“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece”*** (Juan 9:41).

El día que los ojos espirituales de Saulo fueron abiertos, sus ojos naturales fueron cegados momentáneamente, y realmente podemos usar esto como una paradójica enseñanza. La utilización de la razón y la vista

natural para las prácticas religiosas, carentes de verdadera espiritualidad, puede llevarnos a una lamentable ceguera, que no solo no es fácil de reconocer, sino que en su aceptación produce una gran necesidad afincada en el orgullo.

“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”

Mateo 7:1 al 5

Los religiosos juzgaron duramente a Jesús; de hecho, no solo cuestionaron sus enseñanzas, sino que llegaron a decir que liberaba a la gente de los demonios con el poder de Belcebú, quien era considerado como el príncipe de los demonios (**Mateo 12:24**). Ciertamente, no hay nada peor que la ceguera espiritual que retorna sobre aquellos que, habiendo recibido la luz, descuidan la vida que opera en ellos.

El errado juicio de los religiosos no es más que la viga en el ojo de los que dicen ver, y evidentemente, eso hace imposible que aun la evangelización sea efectiva. ¿Cómo se puede quitar la paja de los ojos ajenos conservando una viga en los propios ojos? La Iglesia debe cuidar la comunión con la vida, porque la vida es la luz de los hombres, y eso es lo

único que nos permitirá juzgar con justo juicio, tal como lo ordenó Jesús (**Juan 7:24**).

El problema de muchos hermanos, incluso de muchos que ya ofician de ministros ordenados, es que procuran capacitarse cultivando el conocimiento intelectual, pero abandonan poco a poco la dependencia del Espíritu Santo para la instrucción. Entonces llegan a creer que ven demasiado, pero en realidad, solo lo hacen de manera equivocada, porque lo que están recibiendo no es visión, sino solamente conocimiento.

Estos hermanos utilizan sus facultades naturales. En realidad, el intelecto, la razón y el aprendizaje, son algo que todos los seres humanos tenemos, y lo que nos hace diferentes a los hijos de Dios es la vida del Espíritu Santo morando en nuestro interior. Es decir, lo que comenzó en el útero espiritual no debería abandonar esa dimensión. Los hijos de Dios no procuramos educar a nuestra vieja naturaleza, sino madurar la nueva naturaleza recibida a través del conocimiento revelado por la vida del Espíritu Santo.

El relato de la conversión de Saulo de Tarso permanece para enseñarnos que, a veces, para poder ver de verdad, es necesario no depender de la vista y los razonamientos naturales. El mismo Saulo, ya convertido en Pablo, nos deja saber en sus cartas que él no pudo alcanzar con sus fuerzas nada más que el fracaso, y que si algo sabía, o había entendido, fue por pura gracia divina.

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”

1 Corintios 15:10

La visión espiritual es el resultado de la gracia divina, porque la vida que vivimos en Cristo, nace de esa misma gracia recibida. Mientras nos asignemos un porcentaje de virtud en nuestra salvación, estaremos perdiendo una porción de Su gracia para el desarrollo de nuestra madurez espiritual.

La religiosidad que sutilmente asalta a muchos hermanos les hace pensar que accedieron al evangelio por elección propia, basada en la comprensión de las verdades espirituales. Eso es absurdo; es por eso que deseo repetir este concepto enseñado por el mismo Pablo: Lo espiritual solo puede ser comprendido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**), y si antes de conocer al Señor estábamos muertos en delitos y pecados, no había forma de entender ni de elegir. Esto lo hizo posible solo la gracia divina y nada más (**Efesios 2:5**).

Jesús dijo: ***“Yo, la luz, he venido al mundo”*** (**Juan 14:26**); ***“Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo”*** (**Juan 9:5**). Estas expresiones son recordadas en el evangelio de Juan, y la última se dio en momentos en los cuales estaba tratando con un hombre ciego de nacimiento. No debemos dudar de esto; los que podemos ver espiritualmente para comprender la existencia y la voluntad de Dios, es porque hemos recibido el don de la vida de Cristo.

Toda vida espiritual brota de la gracia divina, y es el milagro de ojos que nunca han visto recibir visión. Es ahí donde la vida espiritual comienza, donde la vida cristiana tiene su inicio, porque somos trasladados del reino de las tinieblas al Reino de la luz (**Colosenses 1:13**).

La Iglesia de hoy debe comprender que lo que necesitamos para evangelizar no es un simple conocimiento bíblico, sino verdadera unción, porque si la vida de Dios opera en nosotros, estaremos impartiendo vida, no debatiendo conceptos, ni tratando de explicar lo inexplicable.

Cuando alguien procura evangelizar sin unción, es como un voluntarioso tratando de explicarle a un ciego de nacimiento cómo son los colores, o como luce un hermoso paisaje. No hay forma de que tal cosa se torne efectiva. Debemos observar a Saulo camino a Damasco, debemos recordar nuestra conversión, y debemos dejar de cuestionar la justicia y la gracia soberana del Señor. Eso nos garantizará una posición correcta para seguir recibiendo gracia sobre gracia.

“Pues considerad, hermanos, vuestro llamamiento; no hubo muchos sabios conforme a la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios ha escogido lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo, para avergonzar a lo que es fuerte; y lo vil y despreciado del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para anular lo que es; para que nadie se jacte delante de Dios. Mas por obra suya estáis vosotros en

Cristo Jesús, el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención, para que, tal como está escrito: El que se gloria, que se gloríe en el Señor”.

1 Corintios 1:26 al 31 LBLA



Capítulo dos

DESARROLLANDO LA VISIÓN

*“Más la senda de los justos es como la luz de la aurora,
Que va en aumento hasta que el día es perfecto.
El camino de los impíos es como la oscuridad;
No saben en qué tropiezan”.*

Proverbios 4:18 y 19

Cuando recibimos la gracia, recibimos la vida de Cristo y Su vida es la Luz. A partir de entonces, esa Luz comienza a crecer día a día. Como vimos en el capítulo anterior, no debemos confundir esa Luz con simple conocimiento bíblico, sino que es la impartición de vida que nos permite recibir incluso la revelación de la Palabra.

De alguna manera, es ahí donde nos encontramos con la “locura de la predicación” y el entendimiento de la misma. Cuando el Espíritu Santo opera en nuestro interior, ocurre la maravillosa impartición de Luz. A menos que Él opere este milagro, toda predicación será en vano en lo que se refiere al efecto que Dios pretende producir en nosotros.

Como maestro, he notado que la gente subestima la oración, y la entrega de corazón al momento de la predicación. Siempre invito a orar antes de exponer la Palabra, no solo para poder encontrar las expresiones correctas como emisor del mensaje, sino para que todos los presentes puedan recibir Luz como receptores del mismo. Sin embargo, a pesar de que lo explico, siempre veo a personas que menosprecian ese momento.

Creo que esto ocurre porque algunos simplemente creen que están frente a una exposición de simples palabras, pero no es así. La verdadera predicación consiste en impartir la verdad que es Cristo, y esta verdad debe pasar de la dimensión del sonido a la dimensión de la Luz; de lo contrario, puede haber entendimiento intelectual, pero nunca revelación.

La revelación implica correr los velos para ver, no solo para escuchar mejor. Cada porción que podamos ver es el resultado de una obra sobrenatural del Espíritu. Esto no implica que recibamos algo inamovible. Ciertamente, es más firme y efectivo que lo que simplemente se oye, pero debe renovarse y avanzar. Lo que nos alumbró ayer no debe quedar como un simple recuerdo; debemos sostener la visión desde la comunión con el Espíritu Santo.

La fe viene por el oír (**Romanos 10:17**), pero el oír debe permitirnos ver la verdad espiritual que nos es impartida. Jesús siempre decía: **“El que tiene oídos para oír, que oiga lo que el Espíritu está diciendo”** (**Marcos 4:23**;

Apocalipsis 2:7). Esto es necesario porque lo espiritual debe ser oído y entendido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**). Cuando esto ocurre, las palabras pasan de la dimensión del sonido a la dimensión de la vida, y la vida es la Luz que nos alumbra (**Juan 1:4**).

Es posible que en nuestra búsqueda y atención de la Palabra avancemos y prosigamos en oír, y en ver la Luz de la verdad, pero en cada impartición divina, nuestra contribución solo puede ser la dependencia y la entrega de corazón, porque todo el proceso es el resultado de la obra del Espíritu Santo.

La vida espiritual que nos proporciona el Señor no solo fue un suceso de nacimiento, sino que es un milagro continuo si lo anhelamos diariamente. No solo necesitamos del toque divino para la regeneración, sino que necesitamos permanentemente de Su toque para el desarrollo de esa vida recibida.

Cuando un bebé nace, percibe la claridad, pero no puede ver claramente. Los expertos dicen que en el tercer o cuarto mes recién distingue los objetos y aprende a perfeccionar su percepción del contraste. A partir de los cuatro meses percibirá mejor los colores y reconocerá los objetos. Recién en el séptimo mes, el pequeño verá todos los colores y podrá seguir objetos a pesar de que se muevan a gran velocidad.

Lo mismo ocurre con nuestra vida espiritual. En nuestra regeneración vemos por primera vez la Luz

verdadera, pero en el proceso de la vida espiritual vamos madurando y viendo cada vez con mayor claridad. Es cuando se cumple lo que dijo Salomón: ***“La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”*** (Proverbios 4:18).

En el proceso de madurez espiritual, la vida espiritual recibida nos proporciona oídos espirituales para oír lo que el Espíritu Santo nos dice. Su Palabra es Espíritu y es vida (**Juan 6:63**), y la vida que es la Luz nos permite ver para avanzar. Esto es producido por la gracia del Espíritu de sabiduría y revelación (**Efesios 1:17**), lo cual no puede ser recibido de otro modo.

No podemos ver el Reino ni acceder a él si no es a través del espíritu de sabiduría y revelación activado por el Espíritu Santo. No hay ninguna expresión poética en los dichos de Jesús cuando expresó: ***“Yo soy la luz del mundo”*** (**Juan 8:12**). Tampoco existe un deseo de simple complacencia cuando nos dijo: ***“Vosotros sois la luz del mundo”*** (**Mateo 5:14**).

Si Jesús, siendo el Rey de reyes, es la luz del mundo, podemos concluir que Su Reino, es un Reino de luz. Es por eso que la gente en tinieblas no puede acceder a Él. La luz es lo que permite el entendimiento, el conocimiento, la sabiduría espiritual y la verdadera revelación.

Jesucristo es la revelación de Dios para el mundo, pero al ser rechazado, todos continúan en oscuridad, y ahí solo

opera el gobierno del maligno (**Efesios 2:2**). Sin Cristo, no solo la revelación del Padre es imposible (**Colosenses 1:15**), sino que Él es la fuente de la revelación de toda la voluntad de Dios.

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.

Lucas 10:22

Como hijos de la Luz, somos portadores de la revelación de Dios. De tal manera que, cuando hablamos y actuamos conforme a la verdad, iluminamos a quienes están en oscuridad. La falta de revelación es el resultado de la oscuridad, porque la oscuridad en el mundo espiritual es sinónimo de ignorancia.

El Reino de Dios se puede ver y se puede ingresar a él solo después de haber recibido la vida espiritual (**Juan 3:3 al 5**). La vida de Cristo nos otorga revelación del Padre y de Su perfecta voluntad. Es por recibir la esencia de la revelación divina, que podemos hacer Su voluntad de manera legítima. Es decir, no como simples actos de obediencia, sino como expresión de la verdad que opera en nuestro interior.

Donde sea que hay revelación de Dios, hay manifestación de Su Reino. Esto no puede ser manifestado por quienes practican la religión, porque los religiosos pueden aprender mucho de la Biblia y esforzarse en

obedecerla, pero al no operar desde la vida, no reciben verdadera luz. Sin revelación, solo ejecutan obras muertas e incapaces de fructificar.

“Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas”

1 Tesalonicenses 5:5

Si salimos a caminar por el campo en una noche sin luna, donde no haya resplandor alguno, nuestro caminar se volverá difícil, inseguro y peligroso. Sin embargo, si recorremos el mismo sendero durante el día, cuando la luz del sol lo ilumina todo, caminaremos con plena confianza y seguridad. Lo mismo ocurre con nuestra vida espiritual. Ante el crecimiento de la luz divina, vamos caminando cada vez con mayor certeza.

Cuando opera en nosotros el espíritu de sabiduría y revelación, es porque el Espíritu Santo nos está soplando Su Luz, Su entendimiento y Su inteligencia. En Su gracia, nos otorga la capacidad de articular y decodificar las cosas que son del Reino. Él es quien produce la apertura de nuestros ojos espirituales para ver lo que naturalmente es invisible. Esto no se produce por nuestros deseos, sino por Su obra soberana.

La sabiduría y la revelación espiritual a la que me refiero es la que va directa a nuestro espíritu, no a nuestro intelecto. De hecho, Pablo considera que para nuestra mente puede parecer locura o falta de juicio (**1 Corintios 2:14**).

Nuestra capacidad de razonar es extraordinaria, pero no es una herramienta útil para la revelación de las verdades espirituales.

La revelación espiritual siempre nos otorgará conocimiento de la vida de Cristo, lo cual produce la transformación de nuestra vida y el desarrollo de la vida espiritual (**2 Corintios 3:18**). Es por esto que sin revelación no podemos acceder a un mayor conocimiento de la persona de Cristo. No podemos tener intimidad con Él sin morir a nuestro yo, y al mismo tiempo, experimentar el aumento de Su vida en nosotros.

Cuando podemos ver el Reino, llegamos a comprender cuál había sido nuestra condición y de dónde fuimos sacados. A la vez, llegamos a comprender quiénes somos en Cristo y cuál es el futuro de gloria que nos espera. Esto nos abre a una realidad presente que desconocíamos. Es entonces cuando podemos adorar de verdad.

Por otra parte, llegamos a ver la condición del mundo, la perversión del sistema y los engaños de Satanás. Antes no veíamos eso, pero la apertura de nuestros ojos espirituales nos permite comprender cuán importante es para toda la humanidad el mensaje del evangelio del Reino.

La visión del Reino nunca será egocéntrica ni egoísta; no hay lugar para eso porque llegamos a comprender los motivos de la luz y el propósito del Señor. Nadie que pretenda tener una visión del Reino vivirá para sí mismo,

porque el Reino nos convierte en dadores. Solo queremos resplandecer para impartir por gracia lo que por gracia hemos recibido.

“Envía tu luz y tu verdad; estas me guiarán; me conducirán a tu santo monte”

Salmo 43:3

El Señor nos transmite Su luz espiritual mediante Su Palabra inspirada a través del poder del Espíritu Santo (**2 Timoteo 3:16**). De modo que, al estudiarla en plena comunión con Él, podemos obtener conocimiento, entendimiento y sabiduría; esto es lo que genera nuestra visión espiritual.

***“Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino”***

Salmo 119:105

Por medio del Espíritu Santo, el Señor arroja luz sobre las Escrituras y nos enseña a hacer Su voluntad, lo cual nos da propósito y destino. De esa manera, satisface nuestras necesidades y manifiesta Su Reino. Es ahí donde la Palabra se convierte en lámpara para nuestro caminar. Sin embargo, el salmista también dijo que la Palabra era como una lumbrera para el camino, lo cual indica que nos permite ver no solo por dónde caminamos, sino también la senda que aún no hemos pisado.

El hecho de que Dios sea luz y nosotros, hijos de esa luz, establece un contraste natural con la oscuridad. Si la luz es una metáfora para la justicia y la bondad, entonces la oscuridad simboliza el mal y el pecado. **1 Juan 1:6** dice: *“Si decimos que tenemos comunión con Él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad”*. El versículo **5** dice: *“Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él”*. Nótese que no se nos dice que Dios es una luz, sino que Él es la luz. La luz es parte de Su esencia, como lo es el amor (**1 Juan 4:8**). El mensaje es que Dios es sin reservas, completa y absolutamente santo, sin mezcla de pecado, sin contaminación de iniquidad, y sin ningún indicio de injusticia.

Si no tenemos la luz, no conocemos a Dios. Aquellos que conocen a Dios, que caminan con Él, son de la luz y caminan en la luz. Ellos son hechos partícipes de la naturaleza divina de Dios, *“habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”* (**2 Pedro 1:4**).

Dios es luz, y Su plan es que los creyentes hagamos resplandecer Su luz, llegando a ser más como Cristo cada día. *“Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas”* (**1 Tesalonicenses 5:5**). Dios es el creador de la luz física, así como el dador de la luz espiritual, por medio de la cual podemos ver la verdad. La luz expone lo que se oculta en la oscuridad; muestra las cosas como realmente son. Andar en la luz significa conocer a Dios, entender la verdad y vivir en justicia.

Los hijos de Dios debemos confesar cualquier oscuridad dentro de nosotros mismos, nuestros pecados y nuestras transgresiones, dejando que Dios haga resplandecer Su luz en nuestras vidas. ¿Cómo hacemos esto? A través de la obra del Espíritu Santo y el poder de la Palabra viva.

Los hijos de la Luz no podemos cruzarnos de brazos y ver a otros seguir en las tinieblas del pecado, sabiendo que aquellos que están en la oscuridad están destinados a la separación eterna de Dios. La luz del mundo quiere disipar la oscuridad y derramar Su sabiduría en todo lugar; nosotros somos Sus portadores para darla a conocer.

Al llevar la luz del evangelio al mundo, necesariamente debemos revelar cosas sobre las personas que ellas preferirían dejar en lo oculto. La luz las incomodará de la misma forma que un día lo hizo con nosotros. Sin embargo, cuando puedan ver, también les pasará lo mismo.

Como hijos de Dios, debemos llenarnos de Su Espíritu y de Su Palabra, y entonces reflejaremos Su luz en un mundo oscurecido por el pecado. Nuestro objetivo al dar testimonio de la verdad debe ser impartir vida y alumbrar a todos, porque ***“La vida es la luz de los hombres” (Juan 1:4).***

“Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”

Hechos 26:18

La luz de Dios nos muestra, que es Cristo el que vive en nosotros, y que debemos manifestarlo, porque Él es, quien el mundo está necesitando. Recordemos que al árbol se lo conoce por sus frutos. El fruto del Espíritu Santo es el resultado visible de la Palabra del evangelio del Reino que compartimos.

Esto hace que las personas se fijen en lo que hacemos; los hombres deben ver nuestras buenas obras porque hemos de alumbrar en todo tiempo. Con nuestras buenas obras, las personas reconocerán que hay un Dios, y esa será Su gloria. Una vez esparcida la palabra del Reino, debemos mostrar obras que confirmen esa verdad.

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”

Mateo 5:16

Quizás si miramos alrededor hoy, sentiremos una clara frustración, porque somos parte de una generación que se desenvuelve en una densa oscuridad. Esta hora actual es, probablemente, la peor en la historia de la humanidad. La oscuridad que se cierne sobre todas las naciones y pueblos prácticamente puede tocarse. Guerras y amenazas de guerra, armas nucleares apuntando en toda dirección, genocidio, tráfico de drogas, trata de personas, abortos, feminicidios, ideología de género, homosexualidad naturalizada, corrupción política, contaminación global, etc. Todo ello causa estragos en el corazón de una Iglesia que desea ser luz.

Sin embargo, muchos maestros enseñan que Cristo vendrá agazapado como un ladrón para sacar a la Iglesia de todo el mal que se avecina. Yo creo que los únicos sorprendidos serán los que no tengan visión, pero los hijos de la luz sabremos cuándo acontecerá Su venida, y personalmente la considero deseada y gloriosa (**1 Tesalonicenses 5:4**).

Como siervo de Dios en una generación muy especial, déjeme anunciar el Reino a viva voz y con toda herramienta posible. Déjeme gritar la visión que embarga mi corazón: *“No veo a la Iglesia huyendo y entregando todo al diablo; no veo a la Iglesia escondiéndose sobre las nubes, sino enfrentando el sistema con las armas de la luz”*. Déjeme creer en la esperanza de mi visión. *“Yo veo un cielo nuevo y una tierra nueva, redimida como la Iglesia, y con todo el reflejo de la gloria del Señor”*.

Déjeme decir esta gran verdad que veo en mi corazón: *“Veo que nada podrá separarnos del amor de Dios, ni la vida ni la muerte, ni los ángeles ni los espíritus, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes del cielo ni los del infierno, ni nada de lo creado por Dios. Nada, absolutamente nada, podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado por medio de nuestro Señor Jesucristo; en Él somos más que vencedores”*. ¡Esta es mi visión!

Una vez más, creo que en la hora más oscura del mundo, Dios va a manifestar Su poder. Él atraerá una importante cosecha de almas perdidas en los días venideros.

Él va a despertar las almas de muchos, y veremos la gloria del Señor. Si este no es nuestro deseo y nuestra visión, entonces no hemos comprendido el Reino. Isaías vio la oscuridad de nuestros días, sin embargo, expresó lo que estaba viendo en su espíritu:

“¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado!

¡La gloria del Señor brilla sobre ti!

Mira, las tinieblas cubren la tierra, y una densa oscuridad se cierne sobre los pueblos. Pero la aurora del Señor

brillará sobre ti; ¡sobre ti se manifestará su gloria!

Las naciones serán guiadas por tu luz, y los reyes, por tu amanecer esplendoroso...”

Isaías 60:1 al 3 NVI



Capítulo tres

VISIÓN RELIGIOSA O VISIÓN DE REINO

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”.

Apocalipsis 3:17 y 18

En la época del primer siglo, la ciudad de Laodicea era pujante y tenía un ambiente espiritual ciertamente hostil. En ese contexto se levantó una congregación cristiana, establecida allí por alguno de los apóstoles o sus discípulos, muy probablemente por Epafras (**Colosenses 4:12 y 13**). Pablo les escribió una carta que debía ser leída también por los hermanos de la iglesia de Colosas (**Colosenses 4:16**). Esta relación entre ambas congregaciones no es de extrañar, puesto que Colosas se encontraba a tan solo unos pocos kilómetros al este de Laodicea.

En la época en que Juan escribió el Apocalipsis, no se tiene registro de que la iglesia de Laodicea estuviera sufriendo algún tipo de persecución por parte del sistema político. Se cree que su problema era simplemente el orgullo y la ignorancia espiritual, provocados por su autosuficiencia y complacencia. Por esta razón, recibió una de las palabras más severas de todas las exhortaciones a las siete Iglesias de Asia Menor.

Es interesante notar, en contraste con las Iglesias de Éfeso y de Tiatira, que en Éfeso los creyentes odiaban las falsas doctrinas, pero se habían apartado del primer amor por el Señor, mientras que en Tiatira amaban al Señor y a las personas, pero no odiaban el error doctrinal. En cambio, en la Iglesia de Laodicea, ni amaban ni odiaban; parecían indiferentes y complacientes con una vida religiosa falsa, a la vez que espiritualmente eran tibios.

Esto desagradaba mucho al Señor, y seguramente aún le desagrada. Es muy duro escuchar que, si no se arrepentían de esa tibia actitud, el Señor los vomitaría de su boca. Lo que se deja ver en la exhortación es que estaba a punto de desecharlos (**Apocalipsis 3:16**). No estamos hablando del pueblo de Israel, sujeto a un pacto de muerte, sino de una Iglesia cristiana, sujeta a un Pacto de gracia. Esto debería generarnos un sincero temor.

En el Antiguo Testamento, el Señor ya había utilizado esa expresión, antes de que Israel entrara en la Tierra Prometida. En ese momento, les dio un solemne aviso que

encontramos en **Levítico 18:24 al 28**. Allí les advirtió que los cananeos que vivían allí fueron vomitados por la tierra, por causa de las abominaciones con que ellos la habían contaminado.

El Señor les advirtió a los propios israelitas que también ocurriría lo mismo con ellos, si seguían las costumbres abominables de esas naciones que Él estaba expulsando para darles la tierra. ¿Qué ocurrió? Al cabo del tiempo, se olvidaron de esas palabras y no quisieron escuchar a los profetas que el Señor les envió para llamarles al arrepentimiento, y finalmente fueron vomitados por la tierra y llevados en duro cautiverio a Babilonia.

Pongo como ejemplo a los hermanos de Laodicea, porque eran religiosos, pero no como esos religiosos legalistas que, pretendiendo guardar la voluntad de Dios, hacen todo con sus fuerzas. Esos que se apegan a las doctrinas de sus teologías, y carecen de verdadera visión espiritual. Son fanáticos de la Biblia, pero no de la Palabra viva. Son juzgadores y atacan todo lo que se mueve, porque son espiritualmente ciegos.

Estos legalistas no logran discernir cuándo algo es del Espíritu del Señor, y si no lo encuentran en un versículo, simplemente lo desechan. Cuestionan toda manifestación del Espíritu y la expresión de sus dones. No creen más que en la Palabra, pero al final, son como los religiosos de la época de Jesús, que el día que lo tuvieron ante ellos, solo procuraron su muerte.

Estos religiosos son violentos, porque actúan como esos niños que, con sus ojos vendados, deben pegarle con un palo a una piñata para romperla durante la celebración de sus cumpleaños, solo que estos procuran hacer daño de verdad. Ellos lanzan el palo con poder cuando algo se está moviendo, no saben ni entienden lo que es, pero procuran destruirlo.

Son ciegos y guías de ciegos, porque todos sus discípulos son formados de la misma manera (**Mateo 15:14**). Y el gran pecado que cometen contra Dios es justamente que creen ver más que los demás, cuando en realidad no están viendo (**Juan 9:41**). Estos religiosos son fáciles de detectar hoy en día, y no pretendí señalarlos de manera central, porque es obvio que ante un libro como este quedan absolutamente expuestos.

Sin embargo, elegí a los creyentes de Laodicea, porque se parecen a muchos religiosos de hoy en día, que cumplen tibiamente con congregarse, orar o leer la Biblia, pero en realidad lo hacen para sentirse mejor, porque sus hechos son artificiales y falsos. No logran ver espiritualmente lo que Dios está haciendo porque no tienen visión, pero aplacan sus conciencias con algunas obras.

No son legalistas, ni son impíos, pero son religiosos, porque no operan desde la vida del Espíritu, sino desde sus propios razonamientos; es por eso que pueden llegar a sentirse bien, pero en realidad también son ciegos. No importa cuánto se les predique, ellos están de acuerdo, pero

siguen sin ver, porque dicen sentirse conmovidos por el mensaje, pero no por eso cambian.

Estos son el tipo de religiosos que más abundan hoy en día, porque están afectados por el sistema. Laodicea fue una ciudad próspera, debido a su ubicación en la intersección de dos importantes rutas comerciales de la época. En aquellos días, era uno de los centros comerciales más ricos de Asia Menor, además de ser un famoso centro bancario.

La ciudad era famosa por sus manufacturas de ropas confeccionadas con la lana negra de la región. También se enorgullecía de contar con una famosa escuela de medicina, donde se llegó a producir un unguento con propiedades para curar enfermedades de los oídos y un colirio para las enfermedades de la vista.

En la ciudad se levantaban muchas y preciosas mansiones, cuyas ruinas todavía son visibles. Y dada la riqueza de la ciudad, sus habitantes se caracterizaban por la búsqueda del placer. Entre sus edificios había un gran estadio, un hipódromo, tres grandes teatros, baños termales y se celebraban famosas ferias de mercancías. Eran casi como una de las ciudades actuales, donde la gente tiene todo lo necesario para pasarlo bien.

El sistema en sí y el avance tecnológico han cambiado de tal manera la sociedad actual, que la gente ha pasado a ser materialmente más rica, pero moralmente más pobre. De hecho, esa pobreza no solo se evidencia por la falta de

integridad, sino por lo mucho que todos necesitan para sentirse complacidos. Es una sociedad de alto consumo y pobre en felicidad.

El Señor les dijo a los creyentes de Laodicea: ***“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”*** (Apocalipsis 3:17). Casi como describiendo lo que les ocurre a muchos cristianos de hoy en día. Creen que son ricos, y lo atribuyen a la bendición espiritual, creen que lo tienen todo, pero espiritualmente son pobres, y no pueden ver su verdadera condición.

Cuando no hay visión, no hay criterio de juicio. Muchos hermanos hoy en día creen que no son religiosos porque han cambiado las formas o el lenguaje en relación con la iglesia evangélica de unos años atrás. Sin embargo, cambiar la estética o las costumbres no los hace gente del Reino, ni más espirituales. Siguen siendo religiosos con una gran cuota de vanidad.

Hoy se puede ver una gran falta de compromiso por la obra del Señor, y no se trabaja a conciencia para desarrollar un firme crecimiento espiritual. Muchas congregaciones han perdido el sabor frente al sistema, han dejado de ser sal y están siendo pisoteadas. Creen que no son religiosos, por eso no actúan con celo espiritual, pero en realidad, tampoco son luz ni resplandecen ante nadie, porque son tibios.

No hay entrega verdadera, todo es falso y mecánico. Consideran que el bienestar o el progreso material es una aprobación de Dios para sus vidas, lo cual es muy peligroso, porque no tienen autocritica de su condición espiritual ni permiten que el Espíritu Santo les traiga una clara convicción. Están honestamente convencidos de que están bien, pero en realidad son tibios y ciegos.

Los creyentes de Laodicea decían de sí mismos que eran ricos y que no tenían necesidad de ninguna cosa. En esta afirmación, parecían complacidos con la condición que disfrutaban. No veían ningún problema en su situación; de hecho, diría que al leer esto seguramente no se darían por aludidos. El problema, por lo tanto, era que se negaban a verse tal como eran realmente, y para colmo, tenían un exceso de confianza en sí mismos.

Supongo que al considerarse ricos, y de hecho, al afirmar que se habían enriquecido, daban a entender que habían prosperado por medio de la gestión de la fe. En otras palabras, estaban expresando su orgullo y satisfacción por lo que habían ganado con sus propios esfuerzos. Seguramente los miembros de la congregación gozaban de bienestar económico, y eso les hacía sentir muy bien.

Es probable que sus lugares de reunión fueran hermosas casas, con muchas comodidades. Pero toda su riqueza se reducía a recursos materiales, que no es la riqueza que el Señor valora. De hecho, Jesús habló de ese tipo de riqueza como "el engaño de las riquezas", que impide que la

Palabra sembrada en el corazón llegue a producir fruto (**Mateo 13:22**).

Hoy en día, la situación es más grave de lo que muchos piensan. Muchas congregaciones están enfocadas en sus hermosos salones de reunión. Ostentan como un logro los beneficios de las instalaciones, la tecnología en el sonido, las luces y la comodidad. Y si bien esas cosas no son malas en sí mismas, pueden ser un impedimento para el justo juicio si son consideradas como una aprobación divina.

Los que conocen mis enseñanzas saben que yo estoy a favor de que la Iglesia tenga una mente próspera, que crea por más y que disfrute de buenas instalaciones. Me encanta ver que muchos hermanos pueden lograr un buen pasar económico, porque nada de eso es malo. Pero si el bienestar no se maneja con celo espiritual, puede ser un gran problema.

Cuando Pablo enseña que la raíz de todos los males es el amor al dinero (**1 Timoteo 6:10**), no está demonizando a todos los billetes, sino que está advirtiendo que el problema no está en el dinero, sino en el amor que podamos sentir por él. Amar al dinero es la ruina espiritual, porque en el Reino, el dinero es un medio para el avance del propósito, es un servidor que hay que someter, pero no un amante al que hay que complacer.

Los hermanos de Laodicea habían sido vencidos por el materialismo, creían que eran ricos, y en ese proceso de enriquecerse, su corazón se había enfriado en su relación con

el Señor. Seguramente asistirían con cierta regularidad a los cultos, harían algunas oraciones diariamente, pero la hipocresía los había atrapado, porque todo era superficial y sin verdadera vida espiritual.

Al fin y al cabo, tal vez tenían tantas cosas que disfrutar en esta vida que apenas les quedaba tiempo para orar o tener una buena comunión con el Señor y con los hermanos. Hoy en día, tenemos todo para que la vida sea más fácil, cómoda y rápida. Tenemos comidas rápidas, vehículos rápidos, comunicación instantánea, y todo para facilitarnos las cosas, pero curiosamente, la gente dice no tener tiempo.

El materialismo había vencido a los creyentes de Laodicea y tengo temor de estar presenciando lo mismo hoy en día, al menos en una considerable cantidad de hermanos. Reitero, no hay nada malo en las cosas materiales. El problema no son los bienes, sino nuestro corazón. De hecho, estoy convencido de que si fuera por el Señor, nos daría muchas cosas más, pero Él sabe que con frecuencia esas cosas nos alejan de Él y nos llevan al desastre espiritual.

Recuerdo que en una ocasión, un pastor amigo me contó una experiencia que había tenido en el norte de Argentina. Este pastor es de una gran ciudad de nuestro país, y todos los años juntaban ropas, zapatos y comestibles para llevar a las ciudades más pobres del interior.

Él me contó que en una ocasión llegaron a la casa de un humilde hermano, que los recibió con gran alegría. Feliz

por recibir las prendas de vestir y los alimentos, los invitó a participar de la reunión, contándoles que habían llegado justo a la hora de la reunión, y deseaba que toda la congregación los conociera.

Este hermano tomó su Biblia y una vieja guitarra criolla y les dijo que lo siguieran. Simplemente obedecieron al hermano y caminaron largo rato por un sendero que los condujo a una gran arboleda. No veían a ningún poblado por esos lados, por eso mi amigo preguntó si faltaba mucho tiempo para llegar, a lo que el hermano sonrió diciendo que pronto llegarían.

Unos minutos más tarde, llegaron a un círculo donde no había árboles, sino unos troncos que sugerían la posibilidad de sentarse. De pronto, muchos hermanos comenzaron a llegar de entre los árboles, y con gran felicidad los saludaban. Este pastor amigo mío me contó que al comenzar la reunión, descendió una presencia de Dios impresionante, y que toda la reunión estuvo quebrantado por la unción que había en el lugar.

Además, me contó la gran vergüenza que sintió ante el Señor, porque él pensó que estaban visitando a hermanos pobres, pero descubrió que esos hermanos eran más ricos que los miembros de su congregación. Ellos llevaban bienes materiales, pero estos hermanos estaban ricos de la presencia del Señor. Mi amigo le pidió perdón a Dios, y al volver a su ciudad, le contó a la Iglesia lo que había vivido, y la necesidad que tenían de volverse a Dios en arrepentimiento,

porque creyendo ser ricos, había descubierto que eran pobres en el Reino.

En lugar de la dependencia del Señor, los creyentes de Laodicea habían llegado a sentirse tan seguros de sí mismos y de sus recursos que, sin darse cuenta, habían llegado a excluir al Señor de sus vidas, porque Él mismo se describe fuera de la Iglesia. Por eso, en lugar de estar en medio de ellos, está a la puerta, llamando para que lo dejen entrar, proponiéndoles restaurar la comunión con Él, compartiendo una cena espiritual (**Apocalipsis 3:20**).

El Señor les hace un llamado al arrepentimiento, les aconseja comprar oro refinado en fuego, para que llegaran a ser verdaderamente ricos. Esta es una gran ironía cargada de revelaciones. Ellos podían ver el oro en las vidrieras de la ciudad, pero Jesús les estaba llamando a ver el oro refinado en fuego, el oro del Reino, ese que no se puede comprar con dinero, sino con procesos de vida.

El Señor les ofreció vestiduras blancas para vestirse, para que no se descubriera la vergüenza de la desnudez que tenían. Tal vez, los creyentes de Laodicea presumían de la ropa magnífica que producían en la ciudad, pero espiritualmente estaban desnudos, y la desnudez es una vergüenza. El Señor les exhortó a comprar de Él vestiduras blancas. Estas vestiduras pueden representar las bellezas de la vida y del carácter que sólo puede producir la gracia de Cristo. No tiene sentido que uno adorne su cuerpo cuando no tiene nada con qué adornar su alma. La mejor ropa del mundo

no puede hermoarse a una persona de naturaleza retorcida y de feo carácter.

El Señor les dijo que estaban desnudos ante Él. Muchos hermanos, hoy en día, hacen mucho hincapié en las vestimentas. De hecho, he visto a muchos ministros exagerar a la hora de lucir ciertas prendas algo ostentosas, pero la verdad es que ante el Señor no podemos taparnos ni con una hojita de higuera, como pretendió Adán.

El Señor también les dijo que ungiaran sus ojos con colirio para que pudieran ver, porque creyendo ver, eran simplemente ciegos. Los creyentes de Laodicea conocían muy bien el colirio, porque ellos lo producían en esa ciudad, pero ese colirio natural no era capaz de mejorar su visión espiritual. Por eso, el Señor les ofreció el verdadero colirio, que es el discernimiento espiritual que viene a través del Espíritu Santo.

Sólo Cristo nos puede dar la verdadera visión (**Juan 9:39**), porque Él es la verdadera luz (**Juan 8:12**). Es cierto que hoy en día hay muchos hermanos que parecen ver muy bien, porque tienen buen ojo para el arte, los negocios, la comida, o los proyectos personales, pero a decir verdad, carecen de visión espiritual y no logran ver el Reino de Dios en todo.

La causa de toda la confusión de los creyentes de Laodicea fue su ceguera. En efecto, tal vez ese fue el mayor problema que tuvieron. La ceguera impide que veamos. Y si

no vemos, podemos presumir que somos lo que no somos, o que tenemos lo que no tenemos. Este desconocimiento de la real condición es algo dramático, y muchas veces trágico.

El presumir que somos ricos cuando en realidad somos pobres; el presumir que somos bienaventurados cuando en realidad somos desventurados; el presumirnos como iluminados cuando en realidad somos tenebrosos; el presumirnos como ataviados cuando en realidad estamos desnudos, constituye la mayor de las desgracias de los creyentes, en una Iglesia de esa época y en una Iglesia de estos tiempos.

Jesús les dijo: ***“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete”***. Tal vez la iglesia en Laodicea no había ejercido la necesaria disciplina y corrección sobre sus miembros, y por eso habían llegado a esta lamentable situación. Si una iglesia rehúsa ejercer la disciplina sobre el pecado, Dios mismo lo hará **(1 Corintios 11:27 al 32)**.

Como maestro de esta generación, simplemente espero con toda la fe que los hijos de Dios podamos reaccionar a las demandas del Rey, que realicemos los cambios que necesitamos para enfrentar efectivamente los hostiles tiempos que se avecinan.

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi

***Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el
Espíritu dice a las iglesias”.***
Apocalipsis 3:21 y 22



Capítulo cuatro

LA VISIÓN CORPORATIVA

“Pues así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo en Cristo e individualmente miembros los unos de los otros”.

Romanos 12:4 y 5

Jesús nació en los días del rey Herodes, pero el Cristo preexistente no nació, sino que se encarnó, y se manifestó en el cuerpo de Jesús. Cuando era simplemente un niño, se lo ve discutiendo con los religiosos, pero a los treinta años se dio cuenta de que esa no era su asignación, y comenzó a manifestar la voluntad del Padre sin condicionamiento alguno. El cuerpo de Jesús fue la herramienta para la manifestación del Cristo, pero fue el gobierno del Padre sobre Su vida, el que quebró el imperio de las tinieblas.

Si hoy en día la Iglesia pretende manifestar el Reino con poder, debe imperiosamente reconocerse como el cuerpo de Cristo. La gracia soberana ya nos abrió los ojos para ver la luz de nuestra salvación, pero es necesario ver el cuerpo

para funcionar en la plenitud de su diseño. La visión espiritual nos permite ver el Reino, y la visión del Reino nos permite ver el cuerpo para expresar la voluntad del Padre. La Iglesia está sufriendo un exceso de individualismo, por eso muchos pueden determinar no hacer lo que Dios está diciendo y ni siquiera se preocupan, porque se ven a sí mismos, pero no están viendo el cuerpo.

Hoy, cualquiera puede determinar tomarse un tiempo y no congregarse, y no piensa que está haciendo algo malo. Si uno les pregunta qué les sucede, pueden llegar a contestar: ¡No! ¡Estoy re bien, yo con Dios no tengo ningún problema, solo me estoy tomando un tiempo, pero ya voy a volver! Es decir, no tienen ni idea de lo que eso significa, ni de cuánto están afectando al resto de los hermanos; no tienen revelación del Cuerpo. De hecho, un miembro de nuestro cuerpo jamás podría actuar de semejante manera, ¿verdad?

La gente actúa de esa manera porque no está viendo el cuerpo, y el que no lo ve, no puede funcionar como parte activa de Él. Si no tenemos el sentir del cuerpo, no podemos tampoco ver desde el cuerpo, y es desde ese enfoque que se pueden apreciar los objetivos del Reino.

Es el Padre el que gobierna a través del cuerpo de Cristo, y se supone que nosotros somos los miembros de ese cuerpo glorioso. Por lo tanto, hoy podemos procurar el mensaje del Reino, pero no habrá manifestación del Reino hasta que no podamos discernir el cuerpo de Cristo, pensar con su mente y tener su visión.

Cristo no anunció la manifestación del Reino hasta que el cuerpo de Jesús, el hijo del carpintero, se desarrolló y alcanzó plenitud. Nosotros no podremos manifestar el Reino hasta no alcanzar la plenitud del Cuerpo, conforme lo anunció el apóstol Pablo (**Efesios 4:13**).

Cuando somos niños espirituales, lo más probable es que nos veamos a nosotros mismos, y que la única visión que desarrollemos sea la personal. Pero en el avance de la madurez espiritual, vamos desarrollando una visión corporativa, porque comenzamos a reconocernos como miembros de un diseño corporativo.

Puede que en los primeros años de cristianos apreciemos mucho el bautismo en agua, porque esa expresión pública nos ayuda a formar nuestra consciencia de salvación. Pero es cuando se nos revela el bautismo en el cuerpo que comenzamos a comprender el Reino de Dios a través de Cristo.

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”
1 Corintios 12:13

Esta Palabra dice que somos bautizados en un cuerpo; es decir, somos sumergimos en el cuerpo de Cristo. Si no logramos ver esto, es porque no somos del cuerpo, y nunca podremos ejercer gobierno por más que un día, hace mucho, nos hayamos tirado al agua declarando un acuerdo. Si no

vemos al cuerpo, seremos simplemente espectadores, pero no protagonistas de la expresión de Cristo.

La gracia del Señor quita de la escena la discusión de la salvación, pero la falta de la revelación del cuerpo de Cristo nos quita la posibilidad de expresar el Reino. Cuando vivimos desde el individualismo espiritual, nuestra unción será muy limitada, pero cuando gestionamos la fe desde el cuerpo, todos los beneficios se nos multiplican.

Nosotros tenemos mucha autoridad delegada de parte del Señor, pero si no funcionamos juntos, como miembros de un solo cuerpo, seremos simples espectadores sentados en la platea de la vida, porque hay cosas que solo nos van a funcionar como miembros activos del cuerpo de Cristo, y no por las canciones que cantamos los domingos en nuestras hermosas reuniones.

Imaginemos a Cristo, si en los días de su carne no hubiese obedecido las pequeñas cosas. ¿Cómo hubiese llegado a obedecer la cruz? Imagínese que si nosotros hoy en día mandamos por la Palabra a que la gente ore y no oran, ¿Cómo podrán obedecer cosas mayores o aun morir a sus deseos procurando el gobierno espiritual de una ciudad? Si no podemos obedecer las cosas más esenciales y lógicas, ¿Cómo podremos obedecer lo que sea trascendente o implique un alto costo?

Jesús obedeció en todo al Padre, quien a través del Espíritu Santo le condujo a Su perfecta voluntad, pero pudo

hacerlo porque tuvo un cuerpo de carne que le obedeció en todo. La Biblia relata cómo Jesús caminó sobre las aguas, cómo tocó a muchas personas, cómo vio, habló y escuchó a multitudes, y eso fue el resultado de un cuerpo sano que le obedeció en todo lo que tenía que hacer, aun cuando no tenía una almohada para recostar su cabeza y recibir un merecido descanso.

El cuerpo de Jesús no fue formado del polvo de la tierra como el de Adán, tampoco fue formado tomando parte de María y parte de José. El cuerpo de Jesús, el hijo del carpintero, no era un cuerpo común; era el cuerpo enviado del cielo para la manifestación del Cristo, el ungido de Dios. De todas maneras, Dios se hizo hombre, por eso el profeta Isaías había declarado que de una virgen nacería un niño llamado Emanuel, cuyo significado es “Dios con nosotros”.

No sé si usted alguna vez lo ha pensado así, pero antes de que Jesús naciera en el pesebre, Dios era Dios y los hombres simplemente hombres. Sin embargo, con el nacimiento del Mesías, Dios se hizo hombre en la encarnación. Pero atienda bien, porque esto no quedó ahí. En la resurrección se cumplió el diseño Divino, porque el hombre accedió a Dios; es decir, la encarnación introdujo el elemento divino en la vida humana, y la resurrección introdujo el elemento humano en la vida divina.

El Señor nos ayude a entender esto con claridad, porque es algo que no se predica mucho, pero lo creo vital para la manifestación del Reino de los cielos. Veamos,

después de la encarnación era posible decir que había un Hombre en la tierra en cuya vida estaba presente el elemento divino. Pero no fue sino hasta después de la resurrección que pudo decirse que había un Dios en el cielo que contaba con el elemento humano. ¡Este es el significado de la resurrección y la vida de la Iglesia!

Si nosotros solamente conocemos a Dios como aquel que puede ayudarnos a pasar la vida más fácil, nuestro conocimiento es muy objetivo. Pues en ese caso, Dios sigue siendo Dios y nosotros seguimos siendo nosotros, con problemas o sin problemas, con riquezas o sin riquezas; sin embargo, Emanuel (Dios en nosotros), solo puede producirse cuando la Divina persona de su Espíritu Santo puede manifestarse a través de nuestras vidas.

Es menester, por tanto, que conozcamos al Dios de la resurrección, y es solo mediante la muerte de nuestro yo que Él puede abrirse camino en nuestra vida. Solo después de la muerte se puede manifestar el poder de la resurrección, y solo en el poder de la resurrección, que es la nueva vida recibida, es que podemos cultivar la visión corporativa.

Creo que esto deja ver un poco los motivos por los cuales la Iglesia de hoy en día no manifiesta la plenitud del Nuevo Hombre (**Efesios 4:24**). Y es porque todavía no hemos podido someter a la vieja naturaleza que nos contiene; por el contrario, muchos están usando la fe para alimentarla.

El Nuevo Hombre debe expresarse bajo la voluntad del Padre, no bajo los deseos humanos. Tristemente, hay un mensaje que está afectando mucho a los hijos de Dios: el mensaje cargado de humanismo, de conceptos extraídos de la psicología, el empoderamiento personal y la autoayuda; es el mensaje del éxito personal que no reconoce al cuerpo.

Cristo es nuestro mejor ejemplo. Él aprendió a obedecer al Padre. Muchos pueden pensar que para Él fue fácil, porque era Jesús, pero no fue así. El universo entero le obedecía, hasta que un día, ya en la tierra, tuvo que aprender obediencia y padeció mucho para lograrlo. Si alguien no lo cree así, debe leer atentamente **Hebreos 5:7 al 9**.

A Jesús le funcionaron las cosas en la tierra porque aprendió a obedecer al Padre desde el cielo. Una persona que obedece es responsable, y cuando una persona es responsable puede ejercer gobierno, pero un irresponsable no puede ejercer gobierno jamás, porque una persona irresponsable es alguien que no tiene la habilidad de responder. Quien no responde cuando se le da una orden es un desobediente.

Comprendamos que Dios no nos puede conducir a propósitos superiores si ni siquiera podemos obedecer en lo más básico. La falta de obediencia es una falta de responsabilidad total, y recordemos que ser irresponsable nos quita gobierno porque nos deja fuera del cuerpo.

Personalmente, considero que la madurez espiritual nos saca del activismo institucional. No creo en una iglesia

sobrecargada de actividades; por el contrario, creo que somos librados de eso cuando cultivamos una sana mentalidad corporativa. El discernimiento espiritual y la visión del Reino nos permiten ser efectivos desde el gobierno no presencial, sin disminuir en nada nuestro potencial.

El Padre gobernó a Cristo, pero Cristo gobernó a Jesús, y Jesús gobernó los ámbitos en los que estuvo. Es decir, Cristo nunca hubiese podido manifestarse en un hombre llamado Jesús si Jesús no hubiese negado su propia voluntad. Jesús siempre estuvo sujeto a un gobierno superior, por eso los demonios le obedecían a Él. Simplemente porque Jesús le obedecía al Padre, fue entonces cuando manifestó al Cristo.

El motivo por el cual la iglesia no puede lograr gobierno de ambientes en una ciudad es simple: la iglesia no está obedeciendo al Espíritu Santo, que con tanto amor desea conducirnos a toda verdad y justicia. Por eso, cuando un cristiano no obedece, no puede gobernar las cosas como debería, porque hay irresponsabilidad y lo primero que necesitamos es obediencia.

Jesucristo nos muestra la dinámica del Reino con el testimonio de su propia vida. El poder que tuvo sobre la creación, incluyendo a los demonios, se debió a una simple razón: era obediente. Cristo, hoy, es la Iglesia, y la iglesia es Su cuerpo. La pregunta es: ¿Está todo el cuerpo trabajando en unidad? ¿Obedecen todos los miembros del cuerpo a las directivas de la cabeza?

En este punto, quiero expresar algo que considero de suma gravedad: creo que la cabeza tiene total dominio sobre el cuerpo. Por lo tanto, todos los miembros del cuerpo que no obedecen, no son tenidos como tales por el Señor. Nosotros podemos contar u opinar que hay cierta cantidad de miembros en el cuerpo de Cristo, pero creo que para Dios solo son miembros los que responden a la cabeza; los miembros ortopédicos no cuentan.

Si el Reino se trata de gobierno y nosotros somos el cuerpo de Cristo, debemos comprender que para gobernar sentados con Él en lugares celestiales, primero el Espíritu debe cobrar gobierno sobre nuestras vidas, a través de nuestra entrega y rendición. Si Dios nos gobierna a nosotros, nosotros podremos gobernar todo lo que Él nos haya otorgado en mayordomía. Si Dios no nos puede gobernar a nosotros, nosotros jamás gobernaremos la vida de una higuera y mucho menos el traslado de un monte.

Si Dios nos gobierna a nosotros, nosotros expresaremos gobierno sobre las circunstancias. Por eso es tan importante que la iglesia comprenda la gravedad de no desarrollar los dones, los talentos, la unción y la visión que proviene de la cabeza, que es Cristo.

Está muy bien que cultivemos una visión personal para desarrollar nuestra función dentro del magno propósito de Cristo, pero si no cultivamos la visión corporativa, es porque no estamos comprendiendo el diseño del Reino de Dios. Debemos comprender que todo lo que pretenda hacer Dios

en este tiempo lo hará por medio del cuerpo de Cristo, simplemente porque así lo ha determinado.

Por este diseño de cuerpo es que Dios nos manda a reunirnos. Claro, usted se puede preguntar: si tenemos mentalidad de Reino, y la mentalidad de Reino es fuera del templo, ¿Por qué Dios nos manda a reunirnos? Pero la palabra dice que Dios necesita juntarnos para impartirnos, no para entretenernos en múltiples reuniones.

Él desea reunir a su pueblo porque allí derrama bendición y vida eterna. Dios no unge cuerpos, siempre unge cabezas y el aceite cae sobre el cuerpo (**Salmo 133:2**). Por eso es tan importante que el cuerpo se junte procurando abrir el cielo, porque la cabeza de Cristo no está en la tierra, sino en el cielo y de ella vendrá la unción. En otras palabras, no podemos obtener una visión corporativa sin entender los motivos de las diferentes congregaciones.

Fíjese que la Biblia no dice en ningún lado que la Iglesia es la cabeza de Cristo, sino el cuerpo, porque la cabeza no puede ser tocada por el enemigo. El enemigo pudo tocarle el talón a la simiente de la mujer, pero jamás podrá tocar la cabeza de Cristo. Y si la cabeza del ungido está en el cielo, nosotros como su cuerpo debemos abrir los cielos todos juntos, para que la unción llegue al cuerpo y a través de esa unción podamos operar con su mente.

La visión espiritual está en la cabeza, porque yo nunca he conocido a un cuerpo con los ojos en la cintura o en los

pies. La visión espiritual fluye desde la cabeza, y Cristo solo la comparte con quienes vibran con los latidos del cuerpo. La indolencia corporativa hace nula la recepción de la visión.

Donde se juntan los hijos, allí está el cuerpo. Por eso el Señor dice: ***“Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estaré Yo”***. El cuerpo está cuando hay unión; si no nos juntamos, no está el cuerpo, ni tampoco habrá visión, porque el Espíritu Santo está en todos lados, pero Su objetivo es el de unir el cuerpo y derramar su unción sobre él. El problema es que los que no son del cuerpo no lo escuchan y no pueden ver lo que la cabeza pretende. Esta es una triste realidad sobre la cual debemos reflexionar.

Debemos comprender los procesos. Debemos entender que todo lo que nos pasa en la vida es para que podamos aprender obediencia; todo lo que nos pasa es para establecernos como miembros útiles del cuerpo de Cristo. Por eso, enfrentar pruebas y aprender a superarlas es lo que nos debilita para ser fortalecidos en el cuerpo.

Es más, creo que todo lo que naturalmente procuramos evadir son elementos clave para la unión del cuerpo, y todo lo que deseamos con pasión, como bienestar y felicidad, pueden terminar apagando la visión si nos desentendemos de la visión corporativa.

Entiéndame bien, por favor: no estoy diciendo que no debemos procurar bienestar o felicidad, digo que la mayoría de los cristianos piensan que estas cosas son el objetivo del

Reino, cuando en realidad son las cosas que deben venir a nosotros como resultado de buscar primeramente el Reino de los cielos y su justicia (**Mateo 6:33**). Y ¿cuál es la justicia sino la obediencia absoluta al Rey de reyes?

Cristo nos enseña que por lo que padeció aprendió obediencia, y la obediencia lo llevó a un gobierno sobre todo principado, sobre toda potestad, sobre todo poder y señorío, y dice la palabra que sobre todo nombre que se nombra en este mundo. Hoy en día, Él puede disfrutar de Su gobierno, Él tiene todo el poder gracias a su entrega, humillación y obediencia. Mientras que muchos cristianos quieren tener gobierno, autoridad y poder sin ser obedientes al Espíritu Santo.

El apóstol Pablo, en el libro de Filipenses, en el capítulo dos, versículos cuatro al once, escribió lo siguiente: ***“Nadie busque el bien sólo para sí mismo, sino para todos. Tengan la misma manera de pensar que tuvo Jesucristo...”*** Debemos entender que después de semejante entrega y semejante conquista de poder, sometiénolo todo bajo sus pies, Cristo le otorgó esa autoridad a la iglesia. Entonces deberíamos preguntarnos: ¿por qué la iglesia no tiene ese gobierno de poder? En realidad lo tenemos, solo que no hemos entendido el proceso, porque los procesos de Jesús fueron llevándolo a la plenitud y en nosotros debe ser igual.

Jesús, a cierta edad, comenzó a ver Su vida más allá del gobierno natural. Pero a su vez, hizo todo lo que no muestra la Biblia por causa de su propósito, con esfuerzos,

con lágrimas, con ruegos y con súplicas para crecer obedeciendo al Padre celestial, porque Él sabía que esa obediencia al Padre tenía que ser total, absoluta, inquebrantable, porque sería lo que lo impulsaría hasta consumir su destino.

Fue la obediencia la que lo llevó a la cruz y es la obediencia la que nos permitirá tomar nuestra cruz para seguir sus pasos, muriendo a nosotros mismos para cumplir con nuestra misión en la tierra como miembros activos de su cuerpo. Sin una verdadera visión corporativa, no tendremos una visión de Reino, y sin visión de Reino no hay sentido de avance y de conquista.

***“Antes bien, como está escrito:
Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,
Ni han subido en corazón de hombre,
Son las que Dios ha preparado para los que le aman”.***
1 Corintios 2:9



Capítulo cinco

LA VISIÓN DEL NUEVO HOMBRE

“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo.

Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”.

1 Corintios 15:45 al 49

En el capítulo anterior, desarrollé el tema de la visión corporativa. Este capítulo está absolutamente relacionado, porque el Nuevo Hombre es corporativo porque es Cristo, en quien vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Quienes han escuchado mis enseñanzas o leído mis libros saben que, en todo momento, mi enfoque principal está en que podamos vivir una vida de Reino en la persona de Cristo, que es la expresión del Nuevo Pacto.

Es por eso que, en muchas ocasiones, he mencionado un concepto que nos permite comprender el diseño divino: *“El Padre no ve a los casi ocho mil millones de habitantes que hay en el mundo, solo ve a dos hombres, a Adán y a Cristo”*. Esto lo digo porque, según las Escrituras, vivimos en Adán, que es nuestra vieja naturaleza, o vivimos en Cristo, que es la nueva vida que hemos recibido. No se puede estar en otra dimensión, o estamos en Adán o estamos en Cristo, vieja naturaleza o nueva naturaleza.

El Nuevo Pacto se vive en la persona de Cristo; por eso somos Su cuerpo, porque somos metidos en Él (**1 Corintios 12:13**). Aunque hayamos sido judíos o gentiles, esclavos o libres, varones o mujeres, todos pasamos a ser uno solo en Cristo (**Gálatas 3:28**). Fuimos sacados del reino de las tinieblas porque vivíamos en Adán, y fuimos introducidos en el Reino de Dios en la persona de Cristo (**Colosenses 1:13**).

En Adán, vivíamos en condenación y ajenos a la bendición del Padre. Es por eso que Pablo escribió: *“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida”* (**Romanos 5:18**). Esto implica que toda persona que no haya recibido la gracia de la regeneración está condenada por el pecado e incapaz de vivir bajo la voluntad del Padre.

El problema de los seres humanos no está fundamentado en su conducta, sino en su naturaleza. Primeramente, el pecado no es lo que hacemos, sino lo que

somos. Luego da fruto y se convierte en lo que hacemos. Por lo tanto, un pecador no puede hacer otra cosa que pecar; el problema es que llegue a creerse capaz en sí mismo, de dar otro tipo de frutos ajenos a su naturaleza.

Pablo nos deja en claro que nuestra solución no es el cambio, sino la muerte: *“Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”* (Romanos 6:4). Cuando miramos la cruz, no debemos pensar solamente de manera emocional, sino observando la legalidad del Reino y el cumplimiento de nuestra condena.

El Padre nos mató en Jesucristo y nos resucitó de entre los muertos para una vida nueva, que es el Nuevo Hombre. El evangelio no está basado en gente que cree en Dios, que hace una oración y que se congrega en una iglesia evangélica. El evangelio del Reino está basado en la muerte de los pecadores y la resurrección de los santos. El Nuevo Pacto solo se puede vivir en la persona de Cristo porque es un Pacto entre el Padre y el Hijo, no es un Pacto realizado con pecadores arrepentidos.

Los seres humanos no regenerados solo pueden expresar una naturaleza adámica, pero quienes hemos recibido la vida del Señor podemos expresarlo dando verdadero fruto y consumando Su perfecta voluntad. Nadie puede vivir Reino fuera de Él, porque solo en Él obtenemos la capacidad de entender y de vivir en santidad.

La santidad, al igual que la pecaminosidad, es una naturaleza. Nosotros no hacemos obras buenas para ser santos, sino que somos santos por lo cual hacemos obras de bien. La naturaleza es la que produce frutos, nunca al revés. Es por eso que formar nuestra consciencia en el Nuevo Hombre y ver como Él, es toda una virtud que, lamentablemente, pocos cultivan.

Adán fue creado adulto, no tuvo que aprender nada; nació sabio y santo. El problema es que escogió mal, y por eso no debemos confiar en nosotros mismos, porque la voluntad de elección es recuperada en Cristo, y ahora volvemos a ser responsables de elegir la voluntad de Dios o la voluntad del maligno.

El árbol de la ciencia del bien y del mal representa la voluntad y los razonamientos humanos, ajenos a la luz de Dios. El árbol de la vida representa a Cristo; es por eso que en Él, podemos ver y vivir conforme a la voluntad del Padre. Estos dos árboles son dos maneras de pensar, son dos maneras de ver la vida, son dos maneras de vivir, y nosotros somos responsables de la elección diaria.

Adán fue creado para gobernar el planeta bajo la voluntad de Dios, pero él no tuvo una visión clara de semejante privilegio. Tal vez Adán haya tenido una vista perfecta, pero lo que no tuvo fue visión. Si hubiera tenido una visión de Reino, jamás habría pensado en sus propios intereses, sino en la gloria del Padre.

El Nuevo Hombre, que es Cristo, y de quien formamos parte, claramente nos demostró en los días de Su carne que no estaba pensando en Él mismo, sino en la voluntad del Padre. Incluso sabiendo que eso implicaba Su propia muerte, por eso dijo en el Getsemaní: *“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lucas 22:42).

Hoy en día, hay muchas enseñanzas que pretenden proyectar la visión de los cristianos en sus propios logros. La verdad es que nuestro mayor logro siempre estará vinculado al propósito divino, no a nuestros éxitos personales. Esto no implica que no podamos tener una visión de familia, de estudio, de trabajo o de progreso financiero, pero si estas cosas no surgen de la voluntad del Padre, aunque no sean malas, solo serán temporales y vanas.

Sin embargo, cuando filtramos todo por la voluntad del Padre, cualquier cosa que hagamos o logremos obtener dejará una huella eterna a través de la cual el Señor se glorificará. Toda visión generada por la vida del Espíritu en nosotros será eterna y producirá gloria.

La visión a la que me refiero no tiene nada que ver con los grandes logros ministeriales. Un claro ejemplo de esto es el apóstol Pablo. Cuando observamos su vida, no vemos una proyección hacia grandes resultados. Por el contrario, da la impresión de que todo lo que hizo pudo ser considerado en sus días como poco trascendente; sin embargo, su visión espiritual iba más allá de su propia existencia.

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”

2 Corintios 4:17 y 18

Seguramente Pablo contó muchas veces su conversión, pero en la Biblia la tenemos relatada en tres ocasiones, lo que indica que Pablo había comprendido cuánta debilidad lo rodeaba. De hecho, en algunos de sus escritos reconocía estar preso. Así que, al acercarnos a esta expresión de Pablo, ***“No fui rebelde a la visión celestial”*** (Hechos 26:19), es importante que comprendamos la fragilidad en la que él mismo se veía.

Por otra parte, cuando Pablo expresó esto al rey Agripa, ya había caminado al menos unos veinticinco años sirviendo al Señor; ya era un ministro maduro, con una experiencia muy rica, que ciertamente puede verse reflejada en sus cartas. Por ejemplo, cuando escribe la segunda carta a los Corintios, muestra todo un currículum con elementos tales como: ***“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en***

muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez...” (2 Corintios 11:25 al 27).

Así que, antes de decir estas palabras, Pablo tenía una experiencia de varios años sirviendo al Señor. Había escrito al menos seis cartas, realizado los tres viajes misioneros conocidos en el libro de los Hechos, y llenado el mundo del evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, sus ojos naturales solo le mostraban a un hombre viejo, cansado, algo enfermo y con pocas fuerzas naturales. No obstante, estaba consciente de una visión mayor que su propia vida.

No podemos saber cuál fue la visión celestial a la que Pablo no fue rebelde; de hecho, él mismo dijo que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no les eran dadas a los hombres expresar (2 Corintios 12:4). Lo cierto es que esa visión celestial que obtuvo no lo dejó indiferente, lo marcó para toda la vida.

La visión celestial es dada por gracia y de diferentes maneras, pero quienes tenemos el privilegio de recibirla terminamos derribados y consumidos frente a la visión. Isaías dijo: ***“Mis labios son inmundos”***, porque no podía expresar con sus labios aquella gloria que estaba presenciando. Entonces dijo: ***“¡Ay de mí! que soy muerto”***. El profeta Jeremías dijo: ***“Fui seducido, ahora tengo un fuego en mis huesos que no lo puedo sufrir...”***

Pero quiero ser claro, no pretendo impulsar el deseo de ser arrebatados al tercer cielo para obtener una visión

celestial. Simplemente estoy demostrando con algunos ejemplos que, si un hombre logra ver en su espíritu la verdad espiritual del Reino, no puede seguir caminando igual. Su vida será trastocada para siempre.

De hecho, yo no fui llevado en el espíritu para observar en persona el Trono de Dios, pero créanme que, al recibir la vida del Señor, recibí la luz, y no puedo explicar eso, pero mi vida ha sido consumida por esa visión interior que permanentemente me doblaba a la voluntad del Padre.

Han pasado muchos años desde que recibí la gracia salvadora de Cristo, y ya soy un hombre mayor que comienza a padecer el desgaste de su carne. Sin embargo, mientras quede un poco de fuerzas en mí, mientras pueda respirar, no haré otra cosa que servir al Señor. Ciertamente tuve muchos planes personales, pero permanecer en comunión con Él ha consumido mi ser, y ya no deseo otra cosa en esta vida que deleitarme en Él.

Perdónenme por mencionarles mi ejemplo personal, pero deseaba demostrar que no es necesario ser Jeremías, Isaías o Pablo para obtener una visión de Reino capaz de impulsar nuestras vidas. No necesitamos visitar el cielo para ver el Reino, porque Él mismo Señor ha venido a nosotros.

Antes de que el apóstol Pedro se convirtiera, Jesús fue a la playa donde los pescadores estaban lavando sus redes porque no habían podido pescar nada. Entonces el Señor le dijo: *“Boga mar adentro y echa la red...”* Simón era un

pescador experto y estaba seguro de que ese día no había peces en esa zona. Pero cuando Jesús le soltó la palabra, y ante su obediencia, todos comenzaron a sacar una gran cantidad de peces.

Al llegar a la orilla, Simón cayó de rodillas ante Jesús y le dijo: ***“Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”***. No fue necesario que Jesús le señalara sus pecados; de hecho, nunca le dijo nada al respecto. Solo fue Simón, quien sintiendo la convicción, al ver ante quién estaba, se quebró de tal manera que así pasó el resto de su vida, tratando de servir al Señor con todo su corazón.

Tal vez sus ojos naturales le mostraban a un hombre común, con llamativa apariencia, pero común. De hecho, Jesús había sido un simple carpintero durante muchos años. Sin embargo, en su corazón Simón vio algo que tal vez no pudo explicar sino hasta un par de años después. De todas maneras, eso que vio en su corazón fue suficiente como para dejar todo y seguirlo hasta la muerte. Es por eso que un día escribió:

***“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros.*”**

Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado”

1 Pedro 4:12 al 14

Volviendo a Pablo, cuando estaba hablando de su conversión ante Agripa, notó que Agripa estaba siendo persuadido por sus palabras. Pablo captaba que la obra del Espíritu Santo se estaba empezando a realizar en Agripa, y cuando notó eso, empezó a hablar de esta manera: ***“Oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial”***. Pablo estaba intuyendo que en el corazón de Agripa podía haber convicción de su propio mal.

Fue por eso que le preguntó: ***¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas?*** Y le dijo: ***“Yo sé que crees”***. Entonces Agripa le dijo: ***“Por poco me persuades a ser cristiano”***. Tristemente, a pesar del testimonio de Pablo, Agripa solo determinó que sería justo ponerlo en libertad de sus cadenas, sin comprender que el que necesitaba la verdadera libertad era él mismo. Al final, Pablo tuvo que ser transportado a Roma, pero Agripa no pudo ver lo que Pablo le estaba tratando de mostrar.

La visión de Reino no puede ser transferida por voluntad humana. Tal vez nosotros estemos viendo lo que nadie en nuestro entorno familiar o laboral está viendo; sin embargo, no podemos transferir ni complacer a nadie tratando de explicar lo inexplicable. En el Reino, no debemos pretender la comprensión, solo debemos vivir con intensidad lo que Dios determine. Los corazones de quienes están en

Adán sufren permanentes engaños; por eso son llevados a la altivez y se endurecen ante las Palabras de vida. Sin embargo, quienes estamos en Cristo hemos recibido un corazón nuevo, y eso hace posible que recibamos la visión del Reino para una vida con propósito.

Sin embargo, debemos tener cuidado. Pablo dijo: ***“No fui rebelde a la visión...”*** En otras palabras, pudo haberlo sido. Lo extraordinario de la visión celestial es que, por más glorioso que sea lo que vemos, nos podemos llegar a rebelar. Dios no nos va a imponer nada; nos sigue llevando con paciencia a Su voluntad, pero siempre espera nuestra entrega.

No pretendo desilusionar a nadie con esta enseñanza. Reitero que no estoy sugiriendo que debemos experimentar algo sobrenatural para recibir una visión, tampoco estoy considerando que todos debemos sufrir las penurias de Pablo. Hoy vivimos un tiempo diferente y ciertamente, la mayoría de nosotros nos desenvolvemos en mejores ámbitos que aquellos en los que Pablo tuvo que vivir, padeciendo gran hostilidad.

Lo único que pretendo es generar la ruptura de una visión egoísta y limitada, proponiendo la apertura para obtener una visión de Reino que nos permita fundirnos en Cristo, consumirnos en Él y expresar con sinceridad la vida del Nuevo Hombre.

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos

engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.

Efesios 4:22 al 24



Capítulo seis

LA VISIÓN Y LOS MISTERIOS DEL REINO

“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria”.

1Corintios 2:6 y 7

Como maestro de la Palabra, siempre he sentido una extraña atracción por lo que la Biblia define como misterios. En mi opinión, no hay nada más desafiante y atractivo que Dios mismo, sea el que nos exponga algunas cosas ocultas o más profundas, llamándolas misterios, para que los interesados podamos invertirnos con pasión, para descubrirlos, y para conocer algo más de Él.

El rey Salomón, en el libro de proverbios, escribió:
“Gloria de Dios es encubrir un asunto; Pero honra del rey

es escudriñarlo. Para la altura de los cielos, y para la profundidad de la tierra, Y para el corazón de los reyes, no hay investigación. Quita las escorias de la plata, y saldrá alhaja al fundidor” (Proverbios 25:2 al 4). ¡Esto es sencillamente genial!

Esta es la manera en que Salomón declara la importancia de investigar los asuntos espirituales del Reino. Tenemos que reconocer que hay muchas cosas que Dios no nos ha revelado en absoluto, y no tiene por qué. Es su infinita gracia la que nos ha permitido acceder a muchos misterios que no podríamos haber comprendido jamás, si no fuera porque Él, simplemente determinó concedernos revelación.

Hay una historia en **2 Reyes** capítulo **6**, en donde vemos al pueblo de Israel rodeado por el ejército de los Sirios. Todos entraron en gran temor, menos Eliseo, porque él estaba viendo las cosas de otra manera. Compadeciéndose de su criado, que estaba consumido por el temor, Eliseo oró a Dios, diciendo: *“Te ruego, oh Dios, que abras sus ojos para que vea. Entonces el Señor abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Reyes 6:17).*

Es muy impresionante comprender las dimensiones del mundo espiritual. En lo natural, el ejército de los Sirios tenía sitiada la ciudad, con carros y gente de a caballo. Sin embargo, en el plano invisible había un ejército celestial que era mucho mayor. El tema es que estaba oculto a los ojos

naturales, por eso el Señor tuvo que abrir los ojos del criado para que pudiera ver la verdad presente que los estaba rodeando.

Lo que deseo destacar con esto, es que lo espiritual puede estar ante nuestros ojos naturales y nadie puede verlo, excepto por la gracia del Señor. Así es la Palabra de Dios, como ese ejército celestial. Está compuesta por miles y miles de misterios que nos rodean, pero no podemos verlos, a menos que el Señor determine revelarnos algunos de ellos, en tiempo y forma.

Jesús les dijo a los religiosos de su época que ellos escudriñaban las Escrituras; porque pensaban que en ellas encontrarían la vida eterna; pero Él les dijo que las Escrituras eran las que daban testimonio de Él (**Juan 5:39**). Los religiosos lo tenían ante sus ojos, pero no podían ver quién realmente era Jesús. Todos estaban tan cerca y a la misma vez tan lejos.

Un tiempo después fue Pedro, quien recibió la revelación de quién era realmente Jesús. En **Mateo 16:16**, y ante la pregunta de Jesús, Pedro respondió: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Entonces Jesús le dijo: *“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (**Mateo 16:17**). Esto es extraordinario. Todos estaban ante Él, pero nadie podía verlo realmente. Entonces fue el Padre quien le otorgó la revelación a Pedro.

Así es la Palabra para nosotros, podemos comprarnos la mejor Biblia, y leerla con gran detenimiento, pero si el Señor no nos revela su contenido, cada página puede llegar a ser un misterio. Otro episodio bien conocido vivido por Jesús y sus discípulos nos deja ver este asunto nuevamente.

En **Mateo 17:1**, vemos que Jesús llamó a Pedro, a Jacobo y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; entonces se transfiguró delante de ellos, y de pronto su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. No solo eso, sino que aparecieron en escena Moisés y Elías, hablando con él (**Mateo 17:3**). Esto sí que es un misterio espiritual revelado por Su divina gracia.

Supongo que todos los discípulos habrían anhelado ver algo así. Sin embargo, fueron Pedro, Jacobo y Juan, los únicos privilegiados en presenciar un momento tan extraordinario como ese. Debemos asumir que estos tres, no se portaron con Jesús mejor que los demás para merecer semejante cosa, solo fue la gracia del Señor; y así ocurre con nosotros hoy.

Los misterios están ahí, muy cerca y a la vez muy lejos. No hay nada que podamos hacer para merecerlos, pero sí podemos desearlos con el corazón. Sin duda, Dios conoce nuestro corazón y, si nuestras intenciones son nobles y verdaderas, Él nos puede revelar en Su gracia, los misterios ocultos que ni los grandes eruditos han podido descubrir.

Entendamos bien esto, los misterios del Reino, son cosas inescrutables; que están más allá de toda comprensión humana, es por eso que dependemos de la revelación divina. Como Dios mismo lo hizo claro cuando dijo en **Isaías 55:9**: ***“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”***. Sin embargo, debemos anhelar comprensión de esos misterios, y lo que Dios nos ha revelado, deberíamos estudiarlo. Deberíamos considerarlo con mucha gratitud.

“Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.”

Mateo 13:10 al 13

Las experiencias relatadas en la Biblia respecto de Jesús en los días de su carne, fueron todas dentro del contexto del Antiguo Pacto. Es increíble que muchos ministros enseñen las historias de Jesús, como si fueran del Nuevo Pacto, porque Jesús vivió en la Ley, murió por ella, y nos pudo brindar una nueva alianza, solo después de Su obra consumada en la cruz del Calvario.

Jesús perdonó pecados a algunas personas, pero no pudo justificar a nadie, hasta que no entregó Su vida en expiación por todos. Él tenía la autoridad para perdonar pecados, porque se manifestó como el representante del Padre en la tierra (**Juan 14:9**). Aun así, ser perdonado no significa ser justificado.

El perdón deja en claro la culpa, pero la justificación borra el legado que produjo el mal. A través de la obra de Jesucristo, no solo somos perdonados, sino que somos hechos justos ante el Padre. La verdad espiritual que nos mató en la cruz terminó con nuestro pasado, y nos ha otorgado una vida nueva, santa y sin culpa.

Este es un misterio glorioso, que debe despertar en nosotros una visión acorde a la gran verdad de la cruz. Si recibimos esta revelación, y luego vivimos como simples creyentes, y no como hijos renacidos en justicia, es porque no hemos comprendido los diseños del Nuevo Pacto, lo cual es grave, porque no podemos aspirar a la expresión del Reino, sin una mentalidad forjada en la gracia de la justificación.

El problema es que perder el valor de esta revelación, nos puede impedir la apertura para recibir mucho más. Los discípulos de Jesús, así como la gente que lo seguía, no pudieron entrar a la vida del Nuevo Pacto, hasta la consumación de la obra en la cruz del Calvario. Es por eso que no entendían muchas de las cosas que Jesús enseñaba, como por ejemplo, las parábolas.

Ellos habían recibido autoridad por parte de Jesús (**Marcos 3:13 al 15**), pero no habían recibido al Espíritu Santo, porque esa impartición, no pudo realizarse hasta que la aplicación de la sangre de Cristo no fue una verdad consumada. Es lógico, por lo tanto, que ellos no podían entender muchas cosas, porque solo la vida es la que produce la luz (**Juan 1:4**).

Ellos caminaron con Jesús, pero no pudieron vivir en Él, hasta que no entraron al Nuevo Pacto. Sin embargo, nosotros, que no conocimos al Señor en Su carne, sí hemos recibido la vida, la luz y la revelación de las verdades espirituales. No tenemos excusa alguna, para la obtención y el desarrollo de una visión de Reino.

Si parte del liderazgo actual de la Iglesia, no ha comprendido esto, debe rogar al Padre por una clara visión de los misterios del Reino. Al menos las que estén vinculadas a la gestión de la fe, porque no podemos perfeccionar a los santos sin una visión clara de los diseños del Nuevo Pacto.

Las palabras de Jesús, no fueron casuales: *“Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”*. Esto debería producirnos temor, porque ver algo y no funcionar por lo que decimos ver, es un acto de verdadera irresponsabilidad. Los líderes de hoy, debemos comprender que estamos ante tiempos cruciales, y es absolutamente necesario que asumamos nuestros roles con verdadera responsabilidad. El apóstol Pablo enseñó:

“Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”.

1 Corintios 4:1 y 2

El Señor no nos pediría administrar lo que no hayamos recibido. Si nos pide fidelidad en la administración, es porque todos hemos recibido una medida de revelación que debemos cuidar. Se entiende que la madurez nos permite hablar sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria. Si no lo estamos haciendo, deberíamos revertir actitudes.

“Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.”

Colosenses 2:2 y 3

Cristo es el misterio de Dios, que había estado oculto desde los siglos y edades (**Colosenses 1:26 y 27**). Básicamente, solo los que reconozcamos a Cristo podemos acceder a los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, y conocer los misterios del reino de los cielos. Realmente somos bendecidos por eso, pero debemos saber que dichos misterios no tienen límites. Ciertamente, el Reino es mucho más profundo de lo que podemos ver a simple vista.

Necesitamos sumergirnos en la vida del Señor, necesitamos ser profundos en nuestra comunión con el Espíritu Santo, necesitamos escapar de los ruidos que nos acechan, y permitir que la luz del Señor nos alumbre para recibir una visión clara de los diseños divinos.

Debo decir también, que aquellos que actúen apáticamente en este tiempo, aquellos que no procuren desarrollar el entendimiento, en busca de los tesoros de la sabiduría espiritual y entendimiento verdadero, pueden llegar a perder, aun lo que creen tener.

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”.

1 Pedro 1:10 al 12

Los profetas del Antiguo Pacto, fueron hombres que recibieron tremendas visiones de lo por venir. No solo visiones futuras respecto de Israel, sino también respecto de lo que nosotros vivimos hoy en Cristo. Daniel es un claro ejemplo de esto.

Daniel recibió siete visiones claves durante su vida, en cinco de estas visiones recibió el plan de Dios para el mundo, estas fueron visiones proféticas que abarcaron desde el tiempo de Babilonia en el siglo VI a.C. en donde Daniel vivió, hasta la consumación del Reino eterno de Dios. De acuerdo con estas visiones, hay algunos imperios mundiales que preceden al Reino de Dios, y dentro de esos reinos está el del anticristo.

Los tiempos proféticos en las siete visiones de Daniel van de lo macro a lo micro, es decir, se van enfocando cada vez en un espacio de tiempo menor, y van revelando cada vez más detalles. Por supuesto, Daniel, maravillado por todo lo que estaba recibiendo, fue uno de los que indagó sobre los tiempos de estas cosas. Sin embargo, el Señor le dijo: ***“Tú Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin...”*** (Daniel 12:4).

Los profetas como Daniel, vieron misterios y administraron para nosotros estas revelaciones. Algunos pagaron con sus vidas, para ser portadores de un mensaje futuro. Nosotros tenemos el privilegio de vivir en los mejores tiempos. Es cierto que de manera diferente hay tinieblas que han aumentado sobre el mundo, pero nosotros vivimos el Nuevo Pacto.

La historia del Antiguo Testamento, que tuvo a la nación de Israel como protagonista, fue realmente deficiente, dura, difícil, y de muerte. La Iglesia de los primeros siglos vivió una hostilidad física tremenda, ya que las muertes

producidas por la persecución fueron despiadadas, pero ya estaban disfrutando del Nuevo Pacto.

Los cristianos que vivieron luego del tercer siglo, padecieron la formación de las estructuras católicas y la oscuridad espiritual que se posó sobre el mundo durante siglos. Los cristianos que vivieron durante y después de la gran reforma del año 1517, padecieron las salvajes inquisiciones que pretendieron frenar la revelación.

Es verdad que nosotros vivimos en tiempos de cambios tecnológicos, culturales y sociales que pretenden ser la plataforma para la manifestación del Nuevo Orden Mundial; sin embargo, considero que la Iglesia de hoy, está parada en la mejor de las oportunidades para el desarrollo de la visión espiritual, y la difusión masiva del evangelio del Reino.

Nosotros tenemos un panorama espiritual que los hombres del pasado no tuvieron. Ellos indagaron diligentemente quiénes serían los que recibirían semejante gracia prometida, y nosotros vivimos como si lo que hubiésemos recibido no fuera extremadamente trascendental.

Debemos dejar de jugar a ser evangélicos de domingos, y debemos expandir nuestra visión espiritual. El grado de revelación que debemos manejar hoy, no es comparado con nada que haya sucedido anteriormente. La globalización y el intercambio de información ministerial que tenemos hoy, no tiene precedentes por causa de la historia recorrida por la Iglesia.

No considerar como excelentes los tiempos espirituales que estamos viviendo hoy, es vivir en ignorancia. Los profetas del pasado, testificarán en nuestra contra, si no actuamos responsablemente ante las posibilidades que tenemos hoy.

Es verdad también, que estos tiempos vienen con la complicación de lo falso, porque ante la abundancia, el enemigo procura infiltrar sus mentiras, pero eso no es una excusa, y nunca lo será. Si actuamos desde una profunda y responsable comunión con el Espíritu Santo, Él nos llevará a toda verdad y justicia, librándonos de todo engaño.

Quisiera ser claro en esto. Cuando hablo de misterios espirituales del Reino, como formadores de una visión mayor, es porque la teología que ha manejado la Iglesia hasta hoy, solo nos ha sostenido en estructuras que están impidiendo la verdadera expansión del Reino. Tal como dije en el primer capítulo: “No estoy descalificando la Biblia, ni el estudio sistemático de ella” ¡Jamás haría tal cosa!

Lo que estoy diciendo es que debemos devolverle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo, y debemos permitir que Él nos conduzca conforme a la perfecta voluntad del Padre. Debemos permitir que Él nos traiga los misterios de lo profundo del corazón del Padre, y nos los haga saber, para que podamos funcionar de manera efectiva en los tiempos que se vienen.

Si continuamos discutiendo teología, nunca nos vamos a poner de acuerdo. Lo que debemos hacer es humillarnos con humildad ante el Señor, y permitir que Él nos conduzca y nos revele los diseños del Padre. Todos podemos tener razón, pero la verdad, solo la tiene el Señor.

“Antes bien, como está escrito:

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,

Ni han subido en corazón de hombre,

Son las que Dios ha preparado para los que le aman.

Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido...”

1 Corintios 2:9 al 12



Capítulo siete

LA REVELACIÓN PROGRESIVA

“Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo. Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo...”

Juan 9:5 al 7

La sanidad que Jesús obró en este joven fue impactante para todos. Sus vecinos y aquellos que antes lo habían visto pedir limosna estaban conmocionados al verlo, pues este mismo ciego que solía mendigar había recuperado la vista; incluso llegaron a dudar si realmente era él.

Entonces algunos le preguntaron: ***“¿Cómo es que ya puedes ver?”*** Y él les respondió: ***“Un hombre llamado Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo que fuera a la piscina de Siloé y me lavara. Fui, y en cuanto me lavé los ojos, pude ver”***.

Los religiosos, alterados, lo llamaron para interrogarlo e incluso llamaron a sus padres para que explicaran lo ocurrido. Algunos cuestionaban que la sanidad se hubiera realizado en día de reposo, mientras que otros decían: **“¿Cómo puede un pecador hacer milagros como este?”**. No se ponían de acuerdo entre ellos.

Los jefes judíos le dijeron al joven: **“Júranos por Dios que nos vas a decir la verdad. Nosotros sabemos que el hombre que te sanó es un pecador”**. Él les contestó: **“Yo no sé si es pecador. ¡Lo que sí sé es que antes era ciego, y ahora veo!”**. Volvieron a preguntarle: **“¿Qué hizo? ¿Cómo fue que te sanó?”**. Él les respondió: **“Ya les dije lo que hizo, pero ustedes no me hacen caso. ¿Para qué quieren que les repita lo mismo? ¿Acaso también ustedes quieren ser sus seguidores?”**.

Los jefes judíos lo insultaron y le dijeron: **“Seguidor de ese hombre lo serás tú. Nosotros somos seguidores de Moisés. Y sabemos que Dios le habló a Moisés; pero de ese Jesús no sabemos nada”**. El joven les respondió: **“¡Qué extraño! Ustedes no saben de dónde viene y, sin embargo, a mí me ha sanado. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero sí escucha a los que lo adoran y obedecen”**.

Entonces le contestaron: **“Ahora resulta que tú, siendo pecador desde que naciste, nos vas a enseñar. ¡Ya no te queremos en nuestra sinagoga!”**. Jesús se enteró de esto, y cuando se encontró con el joven le preguntó: **“¿Crees en el Hijo de Dios?”**, y el hombre contestó: **“¿Y quién es**

para que crea en Él?”. Jesús le dijo: *“Le has visto, porque es el que habla contigo”*. Y él le respondió: *“Señor, creo...”* Y le adoró.

Debemos comprender que la visión espiritual es el reconocimiento del Señor Jesús, y eso será el trayecto de principio a fin. En nuestro caso, no lo hemos visto con nuestros ojos naturales, pero es la misma situación. Nos pueden cuestionar porque éramos personas muy diferentes y no se explican lo que nos pasó. Sin embargo, aunque tampoco nosotros podamos explicarlo, solo sabemos que antes éramos ciegos y ahora vemos.

Algunos creen que la salvación es un asunto de vernos como pecadores, pero la verdad es que si todo quedara en eso, sería un asunto muy pobre. Gracias a Dios, recuperar la visión espiritual no solo nos permite ver nuestra condición, sino verlo a Él. Y esto se vuelve progresivo. No podemos explicar cómo, ni conocer los motivos, pero sabemos que vemos y podemos morir por esa verdad eterna.

La evidencia de la visión espiritual es el cambio de vida, la obediencia y la adoración que ahora podemos expresar. La gente sin visión fabrica ídolos de piedra, madera o metal porque necesitan ver para creer. Sin embargo, son como dice el **Salmo 115**: esos ídolos tienen ojos, más no ven, y los que los fabrican son semejantes a ellos, porque teniendo ojos, no tienen visión espiritual.

Nosotros podemos decir que Dios abrió nuestros ojos para comprender la verdad de Cristo y los beneficios de la gracia que opera en el Nuevo Pacto. Nuestro camino de fe comenzó como el de este joven ciego, o como el de Saulo de Tarso, preguntando: “*¿Quién eres, Señor?*”; sin embargo, con el tiempo podemos llegar a ser como el apóstol Pablo, porque la revelación es progresiva.

Cuando expreso que la revelación es progresiva, me refiero a la naturaleza de los números, que suben en progresión por naturaleza y descifran cantidades; es decir, podemos comenzar en uno, pero con el tiempo avanzamos a dos, tres, cuatro, y solo Dios sabe hasta dónde podemos llegar.

Dios no nos da todo de una vez; nuestro espíritu y mente necesitan la capacidad para articular ciertas cosas. No se trata solo de medirnos en el conocimiento, sino de ver la progresión de las verdades espirituales. Por ejemplo, en los días de mi conversión, sentí que se habían caído unas escamas de mis ojos. No podía explicarlo, pero no podía dejar de llorar, porque simplemente veía, y ciertamente, de pronto, la vida me pareció preciosa.

Hoy en día, no solo sigo viendo, sino que veo y entiendo mucho más que al principio. Al principio no podía ni explicar lo que me estaba sucediendo, pero con los años, he visitado muchas naciones diferentes para enseñar sobre lo que implica ver las dimensiones del espíritu y vivir el Reino.

La Iglesia del primer siglo, esa que tanto admiramos, comenzó con una explosión espiritual en Pentecostés, y todo fue extraordinario para los presentes. Sin embargo, en ese momento todavía no tenían claro el misterio de la gracia de Dios para los gentiles, ni podían explicar claramente lo que les estaba sucediendo. Con el tiempo y con la ayuda de hombres como Pablo, llegaron a comprender mucho más respecto del Reino. De hecho, el mismo apóstol dijo: ***“pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”*** (Gálatas 1:12).

Algo muy importante que debemos tener en cuenta es que Dios es infinito y eterno. Jamás podremos conocer todo acerca de Dios en un solo día. Pero sí podemos progresar en la revelación y el conocimiento de Él. Es más, Dios tiene la intención de que lo conozcamos íntima y profundamente.

Moisés fue llamado por Dios desde una zarza ardiente. Eso fue lo único que vio al principio, lo único que llamó su atención. A partir de entonces, pudo ver muchos milagros y manifestaciones extraordinarias de Dios. Moisés buscaba a Dios y pagó un gran precio para subir al monte y estar en Su presencia. Incluso llegó el día en que le pidió a Dios ver algo más de lo que había visto.

“El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más:

No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro”.

Éxodo 33:18 al 23

Moisés vivió bajo un pacto muy deficiente, basado en la Ley y en la obediencia de aquellos que no podían sostener fidelidad. Sin embargo, a pesar de eso, Moisés no se conformaba; él deseaba ver más del Señor. Hoy en día, con un Pacto tan glorioso como el que vivimos, deberíamos vivir aún más apasionados que el mismo Moisés.

Él pidió ver la gloria del Señor, y el Señor le mostró Su espalda, pero no Su rostro; le mostró un reflejo de Su gloria hasta hacerlo resplandecer. Pero nosotros no fuimos metidos en una roca cualquiera, sino en la Roca eterna, viva y verdadera. Tenemos acceso al monte espiritual, que es superior al Sinaí. Tenemos un Pacto mayor y una gracia extraordinaria que debemos valorar. El apóstol Pablo dijo:

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”

2 Corintios 4:6

Con lo que Moisés vio, pudo liberar a una nación, quebrar el poder del imperio egipcio y manifestar tremendos milagros. ¿Cuánto más deberíamos nosotros manifestar las virtudes del Pacto que vivimos? La Iglesia misma es gloriosa, se nos tiene que revelar lo que en verdad tenemos. Estoy convencido de que si se nos apareciera Moisés, tal como lo hizo en el monte de la transfiguración, nos exhortaría con su famosa vara para que despertemos.

Moisés manejó la unción en un palo, nosotros somos portadores de ella. Moisés tenía que subir al monte, nosotros somos el monte santo. Moisés tenía que armar el tabernáculo y transportarlo de un lado a otro, nosotros somos el tabernáculo de Dios. Moisés tenía la Ley en tablas de piedra, nosotros tenemos la Palabra viva en nuestros corazones. Moisés anduvo cuarenta años en el desierto, nosotros vivimos en el reposo que es Cristo. Moisés terminó viendo la tierra de lejos, nosotros vivimos en Cristo, en Él nos movemos y en Él somos; ciertamente no hay comparación.

Moisés fue una amenaza concreta para el sistema egipcio y para todas las naciones que, con temor, lo veían acercarse. Si hoy en día llegáramos a ver quiénes somos en Cristo, nos convertiríamos en una amenaza para el sistema, y las mismas tinieblas serían conmovidas.

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”

1 Corintios 2:12

La revelación espiritual es como la luz que se enciende en la oscuridad. Nos permite ver las verdaderas riquezas espirituales que tenemos, y nos libra de las trampas de Satanás. Nos da la capacidad de ver lo que los ojos naturales no pueden percibir. La revelación es la lámpara que nos alumbra, es la luz que nos manifiesta la verdad eterna, es la visión de la Iglesia, es el acceso a la autoridad de Dios y al poder del Reino.

Lo que no vemos no se puede activar en nuestra vida. Lo que no se activa desde el Reino no se puede experimentar. Dios nos ha concedido riquezas espirituales que se nos deben revelar (**Efesios 1:18**). La falta de visión espiritual no nos ha permitido vivir a la altura de la verdad que portamos en Cristo.

Es por eso que Pablo no cesaba de orar y doblar sus rodillas por la Iglesia en Éfeso, con el propósito de que Dios les diera espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Cristo. Porque la revelación es la que nos otorga visión, y la visión producida por el conocimiento revelado es poder. Esta es una ley espiritual del Reino que no debemos ignorar.

La palabra “*entendimiento*” viene del griego “*dianoia*”, que significa la mente como una facultad para entender, sentir y discernir. El entendimiento espiritual es el que separa, distingue y ordena los pensamientos que provienen de Dios. El apóstol Pablo, en **Efesios 1:18**, utiliza la frase “*ojos del entendimiento*” porque en el Reino, el entendimiento es el que puede ver.

Cuando recibimos revelación de lo que Dios desea o de lo que tiene para nuestras vidas, es porque los ojos de nuestro entendimiento son alumbrados. Es entonces cuando podemos discernirlas y vivirlas. El entendimiento permite a las personas ponerse en contacto con el mundo espiritual, captando su estructura y su significado.

Lo que no entendemos carece de significado. Una persona sin entendimiento no entraría en contacto con el mundo espiritual, atrayéndolo a su realidad de vida, aunque haya estado presente cuando el Señor impartió algo. Un claro ejemplo de eso es Judas, quien estuvo con Jesús durante tres años, escuchando sus enseñanzas, viendo sus milagros y conviviendo con Él. Sin embargo, es claro que no tuvo entendimiento de la verdad espiritual que estaba aconteciendo ante sus ojos.

Un creyente sin revelación es un creyente sin verdadero entendimiento espiritual, por lo tanto, no entrará en contacto con el Reino de Dios como una realidad para su vida. El entendimiento que proviene de la luz es lo que nos hace diferentes, efectivos e imprevisibles. Jesús dijo que los renacidos debemos ser como el viento: no se puede saber de dónde venimos ni adónde vamos (**Juan 3:8**).

Ante lo que algunos pueden estar pensando con cierta lógica, debo aclarar que todos los hijos de Dios tenemos una capacidad de entendimiento de las cosas espirituales porque Dios nos la dio a todos. Sin embargo, no todos tenemos el

mismo nivel de entendimiento, porque hay tres cosas fundamentales que definen resultados.

En primer lugar, es importante la entrega de corazón, expresada en una comunión verdadera y profunda con el Espíritu Santo. En segundo lugar, el ejercicio de estudiar e indagar, invirtiendo tiempo y esfuerzo. En tercer lugar, está la necesidad generada por los dones; es decir, no todos tenemos un llamado ministerial que haga necesario un mayor entendimiento por causa de los hermanos.

***“Nosotros tenemos este tesoro en vasijas de barro frágiles,
para que la excelencia de la grandeza del poder sea de
Dios, y no de nosotros”***
2 Corintios 4:7

El Espíritu Santo habita nuestro interior, y no hay un velo entre Su presencia y nuestro espíritu. En Cristo, el velo es quitado (**2 Corintios 3:14**). La palabra “*revelación*” viene del latín “*revelatio*” y significa acción y efecto de descubrir. Sus componentes léxicos son el prefijo “re”, que significa hacia atrás, y “*velum*”, que significa velo, más el sufijo “*ción*”, que significa acción y efecto. Es decir, que revelación es la acción y el efecto de correr el velo.

La medida de nuestra revelación será la medida de nuestra visión, y la visión es la que nos lleva a la gestión de la fe. Las personas pueden llegar a ver el tesoro que portamos solo cuando nosotros estamos viendo y actuando en

consecuencia. La religión no expone ningún tesoro; solo la vida de Cristo es la luz verdadera.

Pablo dijo que los hijos de Israel, hasta el día de hoy, cuando leen a Moisés, tienen un velo puesto sobre sus corazones (**2 Corintios 3:15**). No importa cuánto conocimiento teológico puedan tener; la información no es revelación, y el aprender conductas no produce frutos. Los frutos son el resultado de la vida.

Lo escribió Juan y yo lo mencioné en varias ocasiones: la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Si la Iglesia no tiene vida espiritual, no puede ser la luz que el mundo necesita. La visión depende de la vida del Señor en nosotros. Cuanta mayor manifestación de vida tengamos, mayor visión podremos obtener. Cuanta mayor visión abracemos, mayor autoridad para ejercer poder divino.

En el Reino todo siempre comienza en la vida. Si no está la vida del Señor, no es del Reino. El mundo no necesita una religión más, lo que necesita es conocer a Jesucristo y Su obra consumada. No podemos pensar como Dios piensa, ni ver como Él ve, si no permitimos que la vida del Espíritu Santo nos atraviese por completo.

El Señor no vino a nuestra vida para impulsar nuestros planes, ni para mejorar nuestras situaciones personales. No vino para cumplir nuestros deseos, ni para hacernos la vida más fácil. Todo eso puede pasar, porque el Señor es bueno y

Su gracia es extraordinaria, pero Él nos escogió para la consumación de Su magno propósito.

Para hacer posible tal cosa, nos salvó de nuestra condenación, al cumplir la pena en nuestro lugar. Nos dio una vida nueva en Él, reconciliándonos con el Padre. Para que no fallemos, se metió en nosotros por medio de Su Espíritu Santo, y nos metió en Él, haciéndonos miembros de Su cuerpo.

El Nuevo Pacto es Cristo, y en Él recibimos derecho en Su posición, Sus privilegios y Su herencia. A través de Su vida, recibimos dones, talentos, capacidades y virtudes. Todo es de Él, por Él y para Él. Pensar con Su mente, acceder a la revelación de Sus misterios y desarrollar Su visión es el resultado de Su infinita gracia.

Si no se nos revela este diseño, es porque no hemos recibido el evangelio del Reino y no estamos recibiendo un discipulado efectivo. En tal caso, nuestra vida podrá ser piadosa, pero no efectiva en la consumación del propósito. Podremos alcanzar ciertos éxitos personales, bienestar o bendiciones, pero eso no es lo más importante.

Salomón escribió: “***Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero solo el propósito del Señor se cumplirá***” (Proverbios 19:21). Podemos tener visión de planes y no de propósito divino. En el mundo hay muchos hombres visionarios, pero lo que hace falta es gente con visión de Reino, visión de propósito divino.

Desde la introducción, aclaré que este libro no perseguía la idea de cultivar la visión de los creyentes, sino impulsar la consciencia a la búsqueda de la visión del Señor. Esto no se trata de nosotros, se trata de Él, y de que nosotros podamos ser parte de Sus diseños, lo cual es verdaderamente glorioso. No deberíamos enfocarnos tanto en nosotros mismos, ni clamar tanto para ser complacidos. Deberíamos enfocarnos en Él, y clamar para entenderlo y servirlo con todo nuestro ser.

“Tuya es, oh Señor, la grandeza y el poder y la gloria y la victoria y la majestad, en verdad, todo lo que hay en los cielos y en la tierra; tuyo es el dominio, oh Señor, y Tú te exaltas como Soberano sobre todo”.

1 Crónicas 29:1 y 12 LBLA.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

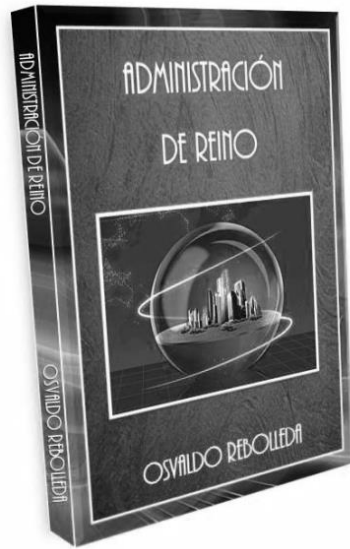
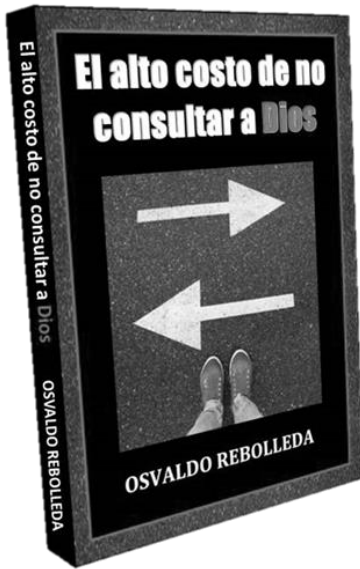
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

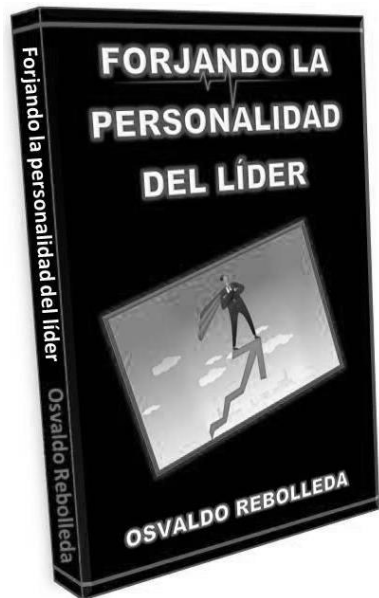
Y hasta lo último de la tierra.

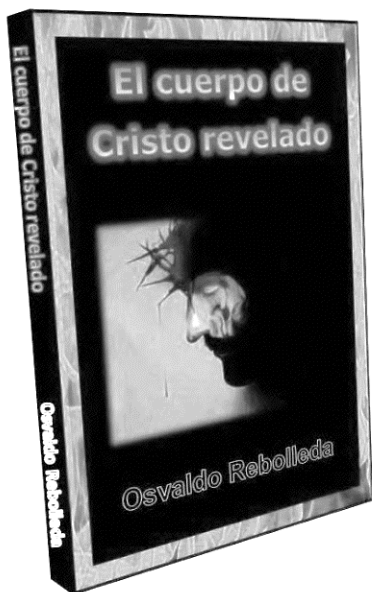
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

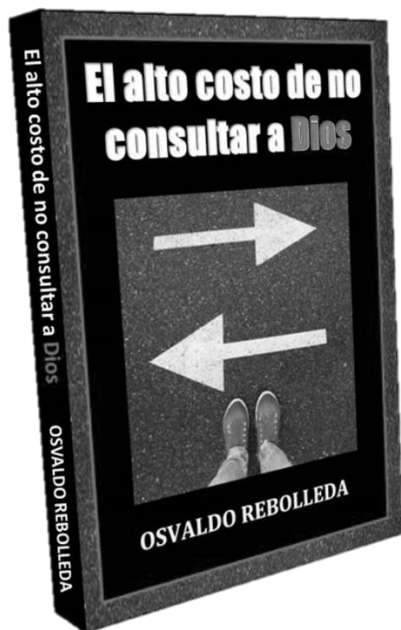


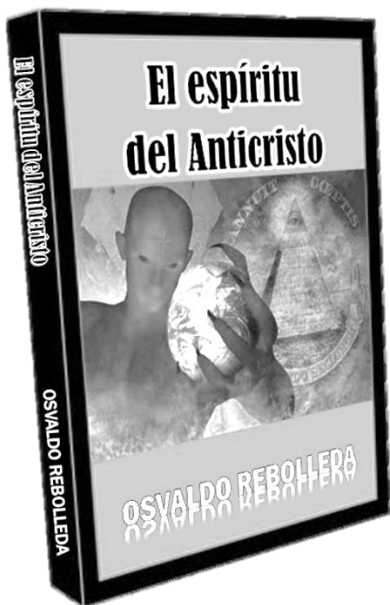
www.osvaldorebolleda.com



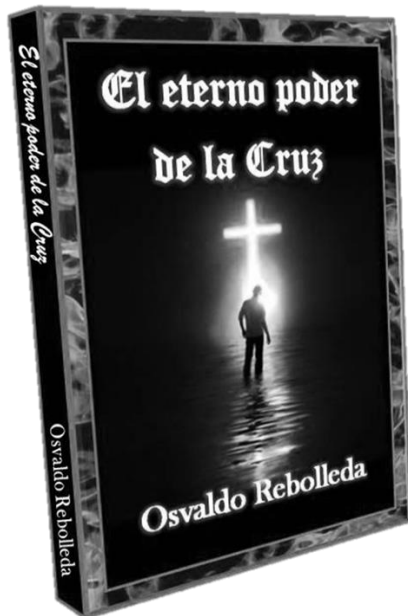
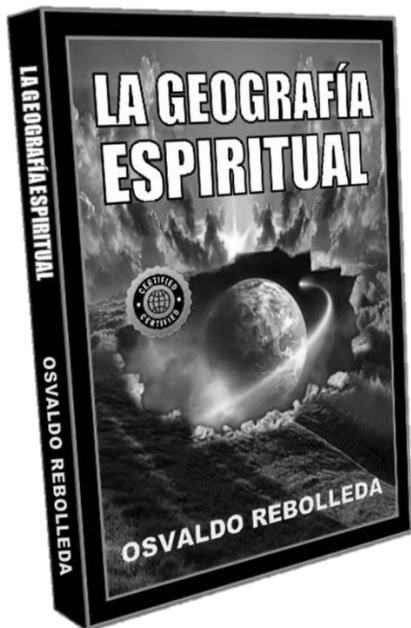


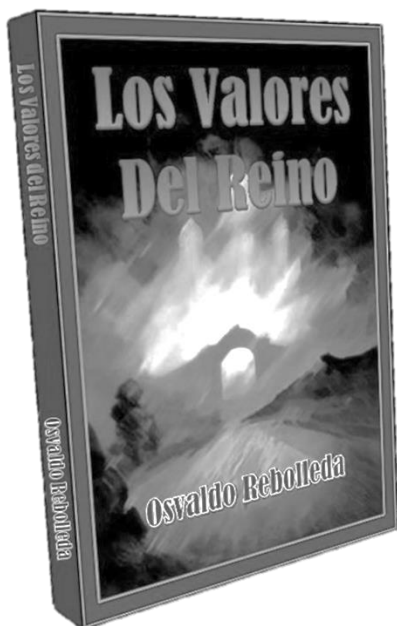
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

